



# **Nueva España (Madrid) año 1, num. 8 (15 mayo 1930)**

<https://hdl.handle.net/1874/35473>



# NUEVA ESPANA

DIRECTORES: ANTONIO ESPINA, JOSE DIAZ FERNANDEZ

## S U M A R I O

*Editoriales: Unamuno, en Madrid; El frigorífico Patronato del Turismo; Arbitrismo y desenfado; Cambó y su iberismo.—El parto de los montes: La Conferencia Naval de Londres, por Camilo Barcia Trelles.—Caricatura, por Maside.—Fantasías 100 por 100: Fordismo, detroitismo, estupidez, por J. de Abendaño.—El intelectual en la política, por Jorge Rubio y González.—Un artículo de Trotski: Europa cerrada.—La venganza de Heine, por Trudy G. de Araquistain.—Maniobras impunitas: La dictadura y sus cómplices, por Cristóbal de Castro.—Carta de París: El centenario de Guido Gezelle, por A. Habaru. Rifi-Rafe.—El trabajo forzado en las Colonias, por Leon Jouhaux.—Contra el imperialismo, contra las dictaduras, por Miguel Angel Asturias.—Carta de Berlín: Checoeslovaquia, por F. Fernández Armesto. Carta de Estocolmo: ¡Pasan las rojas banderas!, por Ernesto M. Delthorey.—Problema de Cataluña: El Pueblo contra la Lliga, por Luis Capdevila.—La verdadera libertad, por Maximiano G. Venero.—El Marxismo y la guerra, por M. García Pelayo.—Cinema, por José de la Fuente.—Comienzo del pacto: In memoriam, por Antonio de Obregón.—Noticias literarias: España; Alemania.—Música: Francis Poulenc en Madrid, por Jesús Bal y Gay.—Notas rusas: ¿Debe pervivir la literatura?, por Máximo Gorki.—Un viaje a Toledo: En torno a la gran primada, por Joaquín Pérez Madrigal.—Los Libros: Galdós inédito: Memorias, por Juan Rejano.—La quincena internacional: Dos Congresos ferroviarios; En la India; Las negociaciones anglo-egipcias. La tiranía vigilante, por C. Ferga.*



LLEGADA DE UNAMUNO A MADRID

AÑO I

NUM. 8

35 CTS.



## EDITORIALES

UNAMUNO,  
EN  
MADRID

La estancia de Unamuno en Madrid es una fecha señaladísima en el calendario político de las izquierdas españolas. Para los madrileños, Unamuno venía del destierro, y sus palabras estaban cargadas de la máxima responsabilidad.

## Lea usted NUEVA ESPAÑA

Las derechas se han soliviantado con la presencia del gran profesor de conductas. Y con el pretexto de que Unamuno era un perturbador—perturbador de lo tradicional y doméstico—han iniciado un período de intolerables provocaciones. En realidad, los incidentes de aquellos días son la prueba más palmaria de que las derechas no admiten ni desean un régimen de democracia, donde cada uno emita libremente sus ideas. Conviene que las izquierdas lo tengan en cuenta para que sepan adónde debe llegar su liberalismo y su transigencia con las fuerzas contrarias. En adelante, tampoco nosotros admitiremos discusiones, ya que el razonamiento no se ha hecho para los trogloditas. Acción, Ejecución: esa es la bandera de las izquierdas.

Este número  
ha sido re-  
visado por  
la Censura.EL  
FRIGORIFICO  
PATRONATO  
DEL  
TURISMO

Con gran placer observamos que va cundiendo la campaña que desde nuestros primeros números mantenemos contra el Patronato Nacional del Turismo.

## Suscríbese a NUEVA ESPAÑA

La gran Prensa se dispone a actuar de modo eficaz para que el inicuo saqueo de que resulta víctima el Tesoro públi-

## NUEVA ESPAÑA

REVISTA QUINCENAL

Año II \* 15 de mayo de 1930 \* N.º 8

Redacción, Administración y Talleres:  
ALTAMIRANO, NUMERO 1º

M A D R I D

Teléfonos números 40643 y 40505

Apartado de Correos: 8.046

co, por parte del improvisado y turbio Patronato, cese alguna vez. Nosotros no dejaremos de proseguir nuestra campaña y de fomentar, en la medida de nuestras fuerzas, el concurso de todos los grandes órganos de opinión, para que, ante la repulsa unánime, el Gobierno to-

## Lea usted NUEVA ESPAÑA

me las oportunas determinaciones. ¿Qué se opone a que se lleve a cabo una revisión escrupulosa? ¿Qué manejos se verifican cerca de altas personalidades—estamos seguros que sin el menor éxito—con objeto de que no se esclarezca la gestión del Patronato? ¿A qué bolsillos han ido a parar tantos y tantos millones, cuya aplicación a la obra turística no han explicado satisfactoriamente los mudos y al parecer medrosos individuos de la Junta?

## Suscríbese a NUEVA ESPAÑA

Todas estas preguntas se hace la gente, sin poder reprimir la sospecha—quizá temeraria—de que existen graves motivos para callar y de que algunas personas de dicho Patronato tienen especial interés en dar largas al «asunto» y en que se desvanezca en las sombras del olvido, ya que en la sombra es donde mejor se realizan los juegos de prestidigitación y escamoteo.

## Lea usted NUEVA ESPAÑA

En toda España y fuera de España crece la protesta y se pide la intervención del Poder público. Hace pocos días, *El Sol* reiteraba su requerimiento para que el Gobierno organice de nuevo la institución turística y la ponga en manos de técnicos capacitados, de recta y

trasparente actuación. *El Sol* publicaba un carta de D. Javier Calderó—persona dedicada, desde hace largos años, a la especialidad del Turismo—, en la que, como resumen de la campaña que viene realizando en *La Veu de Catalunya*, pide la reunión de un Congreso Nacional de Turismo, donde se esclarezca el pasado y se reorganice el servicio. Aunque no sea más que para que—como dice el señor Calderó—se levante un poco el velo que demasiado hábilmente se mantenía cerrado en torno a la «improvisada» obra turística...

## Suscríbese a NUEVA ESPAÑA

Terminamos (por hoy) nuestros comentarios, solicitando—inútilmente, ¡claro!—del dilapidador y frigorífico Patronato respuesta a los siguientes extremos:

¿Cuántos miles de duros se han invertido en la inútil agencia de la Quinta Avenida, de Nueva York, y cuántos turistas ha proporcionado dicha agencia a nuestras Exposiciones?

## Lea usted NUEVA ESPAÑA

¿A cuánto han ascendido los gastos por el envío de dos emisarios a Nueva York?

¿Tenían estos emisarios algún otro título de competencia además del de pertenecer a la familia de un ministro de la dictadura?

¿Por qué se ha nombrado representante en *Filipinas*, con 12.000 pesetas de sueldo, a un amigo del secretario del Turismo Sr. Sangróniz?

## Suscríbese a NUEVA ESPAÑA

¿Por qué da la casualidad de que se creen oficinas de información con amplio servicio de intérpretes en los lugares en que hay amigos disponibles, como Játiba, Ubeda, Guadalajara, etc., y, en cambio, en lugares de tanto valor turístico como El Escorial, Santiago y Avila no se establezcan?

Es necesario poner coto a tanto escán-

## Lea usted NUEVA ESPAÑA

dalo y a tanta desfachatez. Una broma que cuesta al país 30.500.000 pesetas no puede tolerarse un día más.



**ARBITRISMO  
Y DESENFADO**

Vamos a dar una muestra de lo que representaba el arbitrio de la dictadura y del capricho que regia en todo género de concesiones y monopolios. Por el camino que habían emprendido aquellos gobernantes, nada quedaría en España de que no pudiesen disponer los dictadores, incluso la hacienda de los españoles.

Nuestros lectores saben que existe el Patronato del Turismo, foco de los mayores escándalos económicos, y quizá conocen también el no menos famoso Patronato del Circuito Nacional de Firmas Especiales. Alrededor de éste bullían también los más descarados e inconfesables intereses. La dictadura no se conformó con dotarle de recursos verdaderamente excepcionales, sino que le dejó margen para invadir incluso el área de la propiedad privada.

En el mes de noviembre del pasado año se convocó un concurso (¿?) para el arriendo del derecho exclusivo a la colocación de anuncios en las carreteras que forman el Circuito Nacional de Firmas Especiales en su zona de servidumbre. Era la primera vez que en la legislación española se mencionaba *el arriendo de un derecho*, algo parecido al célebre arbitrio del siglo XVI, donde se llegó a gravar las tejas de los tejados. El Código civil dice que el arriendo ha de ser de cosas o de servicios, no de derechos. Pero para los dictadores el Código era letra muerta, como lo era la justicia. Hay que tener presente que el derecho del Estado en las zonas de servidumbre es puramente tutelar e inspector, sin que pueda utilizarlo para usar de él ni siquiera para la colocación de anuncios.

Es evidente que tal extralimitación lesiona los intereses de muchos propietarios, que han visto sus fincas invadidas por una empresa monopolizadora que explotaba en ellas la publicidad a base de una concesión ilegal. La cual no se conforma con usar de un derecho que no le corresponde, sino que quiere dar carácter retroactivo a la concesión, haciendo desaparecer todo anuncio que no sea el contratado por esa empresa facciosa y desenfadada.

Vean las clases conservadoras, tan complacientes con la dictadura, cómo actuaba ésta con relación a la propiedad particular, la cual estaba tan indefensa ante la voracidad monopolizadora de los dictadores como lo estaban los derechos elementales del ciudadano.

**CAMBÓ  
Y SU  
IBERISMO**

Después de leído el libro de Cambó *Por la concordia*, se llega al total convencimiento de que el político catalán no tiene ninguna visión real de los problemas nacionales y que su iberismo es tan falso y desastroso como los demás puntos de vista de su cambiante y versátil ideología. Resulta, pues, que el taumaturgo político de nuestras derechas no es más que un abogado listo que sirve intereses contrarios a los de todos los núcleos ibéricos. Un hombre para el cual

la política es un juego circunstancial de ambiciones y codicias.

La primera falsedad de su programa ibérico es su posición frente a Portugal. Para defender la autonomía de Cataluña se muestra partidario de la anexión de Portugal. Esto es una insensatez. Porque Portugal es una nación delimitada históricamente, con acento tan propio que sólo se concibe como pueblo independiente, sin otra conexión con la unidad española que la de pura vecindad geográfica. Además, Portugal, políticamente, ha progresado más que España, casi siempre a pesar de nosotros. (Las circunstancias actuales no cuentan en modo alguno, y quizá la dictadura española haya tenido mucha culpa de lo que ha ocurrido allí desde 1925.)

La política más desastrosa que podría llevar España con relación a Portugal sería la que preconiza Cambó, de acuerdo con las incomprensibles derechas españolas, que sueñan todavía con un imperialismo ibérico.

Por lo que se refiere a Cataluña, es evidente que un hombre como Cambó,

que no siente el federalismo, está incapacitado para afrontar el problema catalán en sus términos concretos y reales. Cataluña tiene derecho como ninguna otra región de España a una resuelta autonomía. Tiene derecho a utilizar su lengua, sus fueros, su fuerza industrial y económica, sin presiones del centralismo castellano. Pero para eso tiene que existir un régimen político flexible y sensible donde se extienda el federalismo sin que ninguna región, y menos Cataluña, pierda su fisonomía. Por eso Cambó afirma una enormidad cuando afirma que el problema catalán no es un problema de derechas e izquierdas. Lo es y sólo habrán de resolverlo las izquierdas, en un régimen republicano de federalismo orgánico que Cambó no preconiza ni siente. Mientras el jefe de la Lliga crea en el unitarismo de una monarquía tradicional, no hará ningún buen servicio a Cataluña. Ni tampoco a España. Porque la España izquierdista no admite ninguna antinomia con el catalanismo, puesto que aquel problema está ligado al problema del régimen.



El ilustre filósofo alemán Keyserling que ha dado en Madrid interesantes conferencias



## EL PARTO DE LOS MONTES

## LA CONFERENCIA NAVAL DE LONDRES

por CAMILO BARCIA TRELLES

Nada tiene de extraño que el público haya asistido con evidente cansancio a las dilatadas deliberaciones de Londres. Su decepción, generalmente compartida, se explica igualmente. No en vano a la reunión de Londres precedieron diálogos que permitían augurar un posible acuerdo naval. Pero todo fué en vano; erróneamente planteados los problemas, se presentaba que los discrepantes se adentraban más y más en un callejón sin salida; esta impresión pesimista no fué afectada por la firma del Tratado, que tuvo lugar en el palacio de Saint James el 22 de abril.

Dos problemas, bien distintos, se plantearon a los plenipotenciarios reunidos en Londres: uno, de carácter moral; otro, de índole económica. El primero, que determinaba todo lo que había de ser triste epílogo de la Conferencia, se interponía en forma insoslayable; ello porque en Londres los delegados discurrían como hombres de guerra, y, partiendo de ese supuesto, automáticamente, aparecían los consabidos argumentos de orden técnico que hasta el presente han imposibilitado todo acuerdo; ya va siendo tiempo de valorar la perniciosa acción del «tecnicismo», aplicada a problemas internacionales. Sin un propó-

sito de paz en los espíritus, era inútil pensar en acuerdos que satisficieran a todos por igual; esa discrepancia se acusó de modo agudo a propósito de las tesis dispares de Francia e Italia. Fueron inútiles cuantos esfuerzos tendieron al acoplamiento de esas tesis divergentes. Pero la Conferencia no podía clausurarse proclamando su fracaso: para cubrir las apariencias, se firmó un Tratado; en el mismo hemos de apreciar dos clases de estipulaciones: unas, factibles; otras, inejecutables. De las primeras no hemos de hablar, queremos, por el contrario, aludir de modo expreso a las segundas.

El artículo 23 del Tratado debe retener sucintamente nuestra atención. En el mismo se dispone que los submarinos quedan sometidos a las mismas leyes internacionales que los buques de superficie. Así quiso ponerse fin a una polémica que parecía llamada a eternizarse, determinada por la oposición de dos tesis: una, la abolicionista, defendida por Inglaterra y los Estados Unidos; otra, la de no renuncia al submarino como arma defensiva, sostenida especialmente por Francia. Se creyó desenlazar en un deseable acoplamiento estatuyendo: el submarino, instrumento de guerra, ha

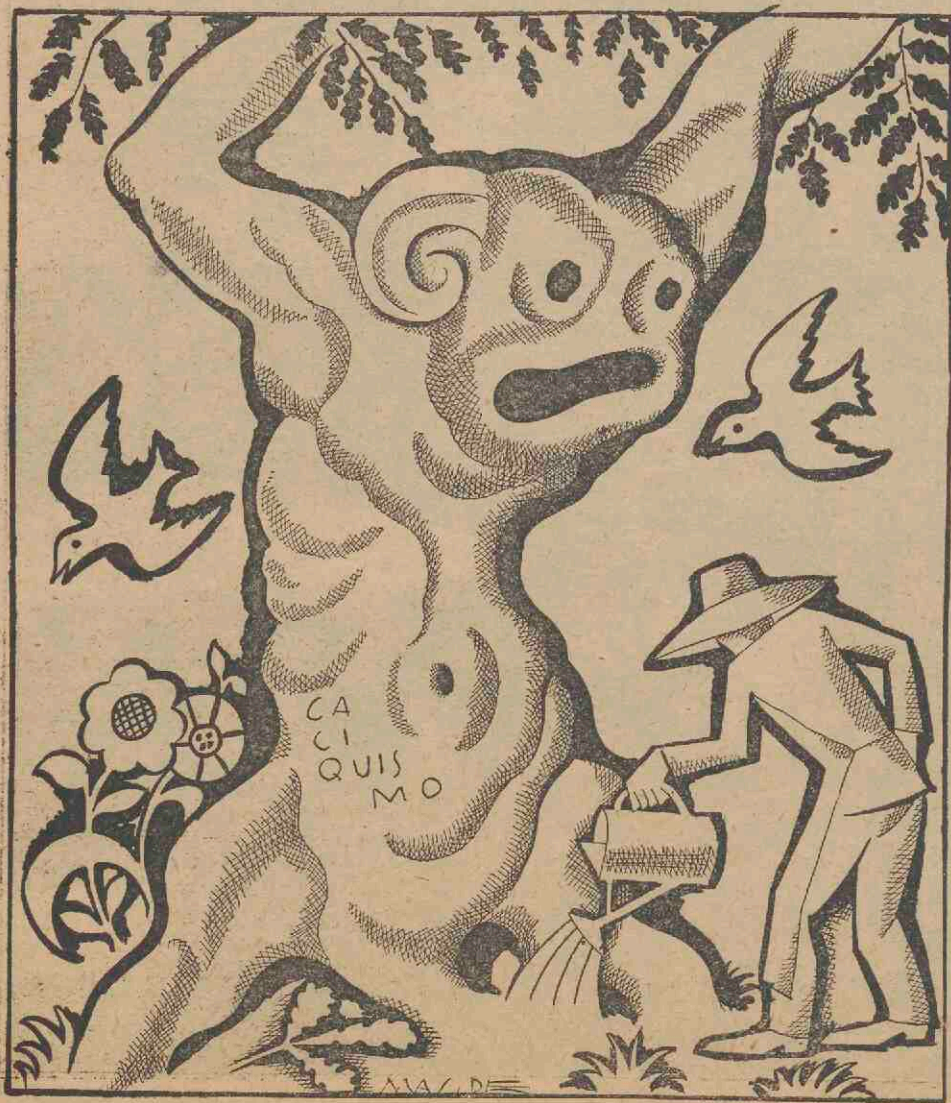
de estar sometido a las mismas restricciones, dictadas por consideraciones de humanidad, que se aplican a los buques de superficie. El acuerdo, en principio, parece laudable; pero de poco servirá el buen propósito perseguido si la decisión no puede llevarse a la práctica, y eso, a nuestro entender, está fuera de duda. El submarino, o dejara de ser, o, mientras se utilice, podrá justamente apurarse al mismo el significativo rótulo, tan popular en Norteamérica: «Vibora de los mares». Tornaremos a los días terribles de la guerra submarina alemana, aun cuando sea otra la nación a la cual está reservado el triste privilegio de reemplazar a la flota submarina imperial. Que este desenlace es insoslayable se prueba cumplidamente.

Los buques de guerra tienen, según nuestra opinión, una malhadada especifica: impedir que el país cuyo pabellón arbolan sea desterrado del comercio interoceánico; no fue otra la misión desatendida por la escuadra inglesa en los cuatro años de guerra. Vencieron los aliados porque disponían del mar, sucumbió Alemania porque vivía aislada del Mundo. Pero las cosas no se desenvuelven con esa sencillez. El que goza de supremacía marítima no la impone sin tropezar con resistencias. La nación que padece aislamiento reacciona, y su acemán no puede ser otro que el de perturbar el comercio del país que dispone del mar. Así nace la guerra submarina al comercio interoceánico; el submarino, dotado de enorme poder ofensivo y destructivo, dispone de pocos elementos defensivos; un buque de gran porte, ligeramente artillado, puede dar buena cuenta del sumergible que ordene su detención. Para soslayar esa descontentada resistencia, el submarino torpedeará sin previo aviso, y, al realizarlo, vulnerará las leyes de la guerra.

Mas aun suponiendo un acentuado sentimiento humanitario vivido por quienes mandan un buque submarino, siempre deberá tenerse en cuenta esta contingencia: el sumergible ordena la detención de un buque de gran porte, el apercebido obedece, se comprueba que el buque, por portar contrabando (y actualmente son bien pocas las mercancías que no entran dentro del elástico criterio del denominado contrabando condicional), es buena presa; el sumergible lo convoya a puerto beligerante o neutral, pero en el camino tropieza con un buque de superficie enemigo; ¿lo abandonará, en ese caso? Indudablemente, no; querrá evitar que el transporte se consume, y torpedeará al buque convoyado. Aun realizando el torpedeo con toda suerte de garantías, la tripulación y el pasaje del buque destruido quedará a merced del mar, puesto que el submarino, por sus limitadas proporciones, no puede hacerse cargo de una tripulación numerosa. Las leyes de la guerra marítima establecen la obligación de «poner a salvo» la tripulación del buque destruido. He aquí una disposición inejecutable para los submarinos.

Por consiguiente, dígase lo que se quiera en contra, el submarino ni es, como se afirma, el arma de los débiles ni tiene tampoco como finalidad el actuar defensivamente.

Constituye un elemento de perturbación, y su presencia implicará siempre





# FORDISMO, DETROITISMO, ESTUPIDEZ

por J. DE ABENDAÑO

*Ford ha reiterado que si la ley seca es abolida cerrará todas sus fábricas.*

Europa, ante la civilización americana—título de un reciente y sugestivo ensayo de André Siegfried, el gran conocedor europeo de Norteamérica—, adopta con excesiva frecuencia actitudes verdaderamente estúpidas. Unas veces por culpa de «resentidos», como Lucien Lehman (v. *Le Grand Mirage*); otras por la aldeanería de innumerables papanatas (las citas llenarían una página), es lo cierto que a medida que la literatura de los neo colonos contemporáneos se multiplica es más confuso e imperfecto el conocimiento que el lector medio europeo puede adquirir del mundo trasatlántico. En la marea de tinta a que el tema da lugar, cada día es más raro encontrar islotos sugestivos (Keyserling) e instructivos (Dubreuil) o, al menos, sencillamente bellos (Morand) y veraces (Siegfried).

No deja de tener su fondo dramático—y, lo que es peor, consecuencias—comprobar el hecho de que a medida que se perfeccionan vertiginosamente los medios materiales de comunicación entre los pueblos, mayor es el desconocimiento mutuo en que europeos y americanos vi-

la agravación de la barbarie inherente a toda contienda armada. Así epiloga la Conferencia naval: pactando estipulaciones inejecutables.

El desenlace no ha de sorprendernos. El Mundo padece una honda crisis de solidaridad. Los pactos navales, reducidos a determinado número de potencias, siempre serán acuerdos más o menos oligárquicos y significarán, en el mejor de los casos, la adaptación de tiranías dispares. No era en Londres donde debió resolverse el problema, sino en otro lugar. Sólo a la comunidad de las naciones compete velar por la seguridad de los mares. Los mares libres en todo tiempo. Sólo temporalmente suspendida esa libertad, cuando un país viola la ley objetiva internacional y se hace merecedor de sanciones. Pero entre tanto el Mundo esté preparado tan sólo para la guerra—y no era otro el espíritu dominante en la Conferencia de Londres—, serán inútiles cuantos intentos persigan los que monopolizan la supremacía marítima. Es una crisis de solidaridad que afecta especialmente a los Gobiernos, pero que alcanza igualmente a las colectividades. Si los primeros representan a las segundas, toda esperanza de redención ha de ser abandonada; pero si el sentir de las masas está ausente en esas Conferencias, el camino está señalado: que los pueblos hagan oír su voz. Eso faltó en la Conferencia de Londres, y por eso su fracaso; lo triste es que la derrota alcanza igualmente a la Humanidad innúmera que ha de ser sacrificada en una próxima contienda.

vimos. Con razón acaba de escribir un profesor de economía en Rutgers (Nueva Jersey), a propósito de la encuesta Hoover-Mitchell: «no hay nada que supere a la ignorancia que el americano de tipo medio tiene sobre las cosas de Europa, como no sea la ignorancia del europeo medio sobre las de América».

En el caso nuestro, ¿cuál es la principal causa de esta mala comprensión? Según el profesor aludido, y por encima de toda otra de carácter psicológico, simplemente el utilizamiento como base de juicio de fuentes que una elemental discreción debía haberlas sometido a implacable cuarentena.

Suscita en nosotros estas consideraciones la reciente lectura en los diarios de unas manifestaciones del magnate de River Rouge—pleguémonos al estilo de los cronistas de boxeo—según las cuales ha reiterado su propósito de cerrar todas sus fábricas si la famosa ley Volstead, la gran corruptora de la moderna Yanquilandia, es abolida. Resulta realmente cómico leer tales manifestaciones en boca de M. Ford si al mismo tiempo recuerda uno los numerosos establecimientos que él mismo rige en otros países sometidos a la más «húmeda» libertad. Y como éste son otros muchos apotegmas del formidable industrial que por su situación privilegiada—y en parte por el culto que Norteamérica misma rinde a los héroes del dólar—son tomados por el común de las gentes como exponente fiel de las ideas y la significación de aquel extraordinario país.

Nada, pues, más en su punto que llamar la atención de la muchedumbre de gentes que se sienten atraídas por la lectura de los infinitos escritos interpretativos del mundo americano sobre la prudencia con que deben acogerse los juicios que no se basen en fuentes muy rigurosas. Y éstas, para la mayor parte de los problemas nuevos que plantea aquel país, apenas si existen, contra lo que muchos creían.

Por ejemplo, una de las cuestiones más sujetas a controversia y más interesantes es la de esa misma ley prohibitiva de las bebidas alcohólicas a que antes nos referíamos. ¿Qué documentos serían hay para juzgar de sus efectos? Autorizado, ninguno. Pintorescos, muchos. A más de la patética declaración con que encabezamos este artículo, tenemos unas peregrinas estimaciones del mismo gran capitán de negocios, que ha dicho muy serio en diversas ocasiones: «La prosperidad de los Estados Unidos depende, ante todo, del robustecimiento de la ley Volstead. Su eficacia se ha afirmado en un 99 por 100, y sus condiciones de permanencia son actualmente entre el 55 y el 60 por 100 más que hace dos años.» Prescindiendo del optimismo que reflejan estas cifras, ¿no es ridículo que un ingeniero, precisamente, se entregue a funambulismos tan extravagantes con los números? Y es que se puede ser simultáneamente—y acaso se tiene que ser—un genio en la organización indus-

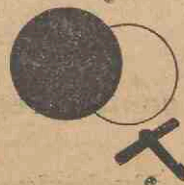
trial o financiera y un perfecto mentecato en sociología y moral.

Si el catolicismo suele engendrar magníficos ejemplares de cerrilidad e incompreensión, el calvinismo lanza al mercado productos no menos acabados de pedantería sociológica, como algunos de los apóstoles reformadores de la semana de trabajo, la cruzada de los altos salarios y otras muchas zarandajas que, con ínfulas de postulados universales, son luego comentadas en el otro mundo—el nuestro, el para ellos semifuerte—sin parar mientes en lo especialísimo del caso, y aun dentro de él en lo limitadísimo de la experiencia. Que para nadie enterado es un secreto que junto a la sin par prosperidad automovilística está la tragedia carbonífera y que en la misma Nueva York hay barrios enteros sumidos en la pobreza más desesperada.

En realidad—un poco decepcionante es para los que hayan leído mucho—, sobre los aspectos más interesantes de la ecuación que es Norteamérica apenas si se ha escrito nada autorizado, a pesar de las toneladas de papel impreso que el mercado europeo ha digerido. Cumplimos un deber de atalaya al señalar al lector preocupado de la veracidad y el rigor científicos la aparición de un soberbio estudio sobre las «Recientes modificaciones económicas en los Estados Unidos» (1), lanzado por la Oficina Nacional de Investigaciones Económicas, que ha de hacer época, ya que tanto el «rapport» del Comité oficial Hoover como las monografías que lo constituyen, son un verdadero modelo de investigación escrupulosa y exposición ordenada y clara, según los métodos en que Mitchell ha hecho escuela.

Por primera vez se abordan los interesantísimos problemas que plantea el fenómeno de la prosperidad estadounidense en la última década con criterio científico, sin mezcla alguna de literatura mala, y menos aún de pésima moral. El lector interesado se encontrará aquí tan lejos de las melancólicas evocaciones del «Mayflower» como de los enlevitados sermones detroitistas. Y poco a poco, entre la maraña de cifras y sugestiones, irá viendo dibujarse una nueva visión del mundo americano de extraordinaria grandeza, abundante también en fallas y lagunas, pero exenta, al fin, de toda estupidéz.

(1) Edición Mc Graw Hill—370—Séptima Avenida, Nueva York.





## EL INTELLECTUAL EN LA POLITICA

por JORGE RUBIO Y GONZALEZ

El siglo XIX y estos treinta años del XX merecen la investigación de un espíritu sagaz, desprovisto de prejuicios; con una imperturbable objetividad. Tema de investigación: comportamiento del intelectual, singularmente de quien en este trabajo hemos de ocuparnos: el escritor.

Durante el siglo pasado, por solo un trance de indudable sinceridad pasó la vida española: las guerras civiles, cuya génesis como suceso de estructuración estatal hay que buscar en la precedente guerra de la independencia.

Durante la contienda por la independencia brota rebelde en un grupo de inteligentes la primera—hasta hoy prolongada—disidencia entre los intelectuales españoles y el pueblo. Los afrancesados encarnan la *élite* hispana en un momento en que un pueblo unánime se bate feroz contra lo extranjero. Sucedia que las invasiones napoleónicas prestigiaban su dominación con la doctrina liberal recogida en la Revolución—no se olvide que el suceso de la invasión fué acompañado de una carta constitucional, otorgada a un pueblo que no había realizado una revolución ni estaba dispuesto a ella; donde la enciclopedia y la declaración de derechos habían resbalado sobre el armazón de un Estado teocrático-absoluto.

Es lo cierto que el Renacimiento y la Reforma habían sufrido pareja indiferencia; pero lo que estos acontecimientos históricos no logran—prender y propagarse por la individualidad—, se ve-

rifica con las ideas de la Revolución.

Los trances de mutua incompreensión entre pueblo e intelectual han sido normalísimos en repetidos momentos críticos de la nacionalidad hispana. Los afrancesados primero, al adoptar su posición acatadora del hecho napoleónico, se colocan abiertamente en pugna de un clamor que ahoga toda discrepancia y que alimenta espiritualmente una guerra terrible, donde la actitud inteligente es en absoluto repulsada.

Sobre el español caen, en superflua sembradura, el liberalismo estatificado en Cádiz, aconsonantado a la tradición nacional más castiza. El pueblo no lo siente, por eso no lo defiende. No se arguya contrariamente, recordando los varios momentos dramáticos de la insurrección por la libertad; todo ello es gesto inane. La protesta es siempre de la minoría que elama y padece. Su grito de llamada se da en la inmensa oquedad nacional. En esa oquedad, superlativamente dramática, se pierde el ulular de todos los clarines. En próxima contemperaneidad recordemos la fecha de 1898. Mayor inmediatez: 1923.

La turbiedad de estos momentos desordenados no son precisamente los más asequibles para hacer un enjuiciamiento de pulcra serenidad, en vista al comportamiento de los grupos ciudadanos sometidos a un Estado, quien, en su actuar, adopta forma y maneras atentatorias a una dignidad civil integral.

Observando la tosquedad en la manifestación de acciones y reacciones, nece-

sariamente nos dejaríamos llevar a extremos pesimistas, no concordantes a la vibración entusiasta de estos momentos anunciadores de eclosiones resolutivas. Indudablemente, hubo momentos en que las gentes gozaron de la torpe satisfacción de encontrar desalojado su escenario polémico de los temas políticos de plena responsabilidad, que con fuerte sustantividad estaban emplazados. Desde el año 23 a la hora de la retirada del dictador, el pueblo español ha tenido momentos de total indiferencia ante la pretensión, por parte del Régimen, de arrumbar hechos que se pretenden dejar en la impunidad.

Las instituciones básicas del Estado constitucional han quedado con el estigma de un dócil sometimiento a la arbitrariedad. Toda una ficción de solidez moral, que se quería fuese reconocida, ha quedado desustanciada de honorable vigor y totalmente exenta de prestigio.

¿Qué se salvó, pues, de este general descrédito? Lo que siempre se ha salvado y nunca falló, cualesquiera fuesen las vicisitudes nacionales: el intelectual. Ni claudicó ni prevaricó. Sólo él pasó limpio por las pruebas dictatoriales, cumpliendo su misión con esta frase de Gracian: «Lo que empezaba a decir la palabra lo acababa de exprimir el gesto.»

De esta general conducta exceptuamos los venales de siempre, los unánimemente descalificados. Los que se salvaron, por imperativo de la moral de la inteligencia, plantean al pueblo—considerando que esta vez no se moverá por automatismo—la responsabilidad de un Régimen que, en su largo existir, no ha proporcionado a la vida española un momento de grandeza.

## EL LIBRO MAS SENSACIONAL DEL AÑO

# RUSIA AL DESNUDO

Por PANAIT ISTRATI

Cerca de 600 páginas, 8 pesetas

Pedidos contra reembolso a EDITORIAL GENT, S. A. - Apartado 1.229.-Madrid

Exclusiva de librería: C. I. A. P. LIBRERIA FE - Madrid



UN ARTICULO DE TROTSKI

## EUROPA CERRADA

*Comienzan a hablar gentes, con clara visión sobre Rusia, de la vuelta de Trotski a Moscú para poner de nuevo su energía de hierro en la obra de reconstrucción comunista. Se asegura que Stalin le ha ofrecido la Comisaría de Agricultura, reconociendo que han pasado ya las causas que podían hacer peligrosa la política radical de Leo Trotski.*

*En el presente artículo, escrito en su retiro de Constantinopla, donde desde hace un año vive reforzando sus convicciones en la soledad, cuenta, con esa prosa fuerte y aguda que le hace, como decía Alfredo Doebelin, uno de los primeros escritores de nuestro tiempo, la historia oprobiosa del visado de su pasaporte. Enfermo en Turquía, Europa entera le ha negado el derecho a curarse.*

F. F. A.

Pocas horas después de mi llegada a Constantinopla leía yo, en un periódico de Berlín, el discurso que el presidente del Reichstag pronunció en el Parlamento alemán con motivo del décimo aniversario de la Constitución de Weimar, el cual terminaba con las siguientes palabras: «Quizás seamos nosotros, ahora, quienes demos asilo a Trotski. (Calurosa ovación en la mayoría.)»

Las palabras del Sr. Loebe eran para mí completamente inesperadas, ya que todas las gestiones que se habían realizado hasta entonces para conseguir un permiso de residencia en Alemania habían chocado con la absoluta decisión que tenía el Gobierno de negármelo. Cuando menos, ésta era la categórica afirmación de los agentes del Gobierno soviético. El día 15 de febrero llamé al agente de la G. P. U., que me había acompañado hasta Constantinopla, y le dije: «Yo debo sacar la consecuencia de que se me ha informado falsamente. El discurso lo ha pronunciado Loebe el día 6 de febrero. Nosotros hemos salido de Odesa hacia Turquía la noche del día 10 de febrero, por tanto, cuando se tenía ya en Moscú conocimiento del discurso de Loebe. Le pido a usted que sin demora telegrafe a Moscú y proponga que, apoyándose en el discurso del presidente del Reichstag, se procure, en Berlín, el visado de mi pasaporte.» Dos días después el agente me traía la siguiente contestación: «A mi telegrama responden de Moscú que el Gobierno alemán ha decidido ya a comienzos de febrero denegar la autorización para que usted resida allí, un nuevo intento no tendría ningún resultado: el discurso de Loebe no tiene carácter oficial. Si usted, a pesar de esto, no está conforme, puede usted, personalmente, solicitar el visado.»

Yo no podía creer de ningún modo esta

explicación. Me parecía que el señor presidente del Reichstag debía conocer, mejor que los agentes de la G. P. U., las intenciones de su partido y de su Gobierno. Aquel mismo día le telegrafí a Loebe diciéndole que, apoyado en sus palabras, me dirigía al Consulado alemán pidiendo el visado de mi pasaporte. Los periódicos alemanes democráticos y socialdemocráticos señalaban, no sin cierta malévolamente alegría, el hecho de que un colaborador de la dictadura proletaria debiera solicitar asilo en la Alemania democrática. Algunos expresaban, además, la esperanza de que esta lección me obligara a apreciar más las instituciones democráticas. A mí me quedaba solamente esperar al verdadero resultado de la tal lección.

El democrático derecho de asilo no consiste en que un Gobierno acija solamente a los amigos de su ideas—ésto lo hace incluso Abdul Hamid—. Tampoco en acoger a los deportados con el permiso del Gobierno que deporta. El derecho de asilo consiste en acoger a todo aquel que se someta a las leyes del país en que se refugia. Yo sólo podía ir a Alemania, naturalmente, como un enemigo del Gobierno socialdemócrata. A un corresponsal de la Prensa socialdemócrata alemana que me quiso entrevistar, le hice la siguiente declaración, que yo mismo escribí:

«Puesto que yo pretendo un permiso de residencia en Alemania, donde el Gobierno consta en su mayoría de socialdemócratas, tengo interés, ante todo, en poner en claro mi situación frente a la Socialdemocracia. Mis relaciones con la Socialdemocracia no han cambiado. Más todavía, mi lucha contra la fracción centrista de Stalin no es sino un aspecto de mi lucha contra la Socialdemocracia. Algunos periódicos socialdemócratas se esfuerzan en descubrir una incompatibilidad entre mi actitud con respecto a la Socialdemocracia y mi solicitud para que se me permita residir en Alemania. No existe tal incompatibilidad. En todos los países parlamentarios participan los comunistas en las luchas políticas. El derecho de asilo no se diferencia en nada del derecho del voto, de la libertad de Prensa y de la libertad de reunión.»

Que yo sepa, no ha llegado a ser publicada esta entrevista, lo que no es de admirar. No obstante, la Prensa socialdemócrata propugnaba, entonces, que se me concediera el derecho de asilo. Un diputado socialdemócrata, el Dr. K. Rosenfeld, tomó espontáneamente a su cargo la consecución de pasaporte para mí. A un telegrama que recibí de él preguntándome en qué condiciones quería vivir en Alemania, contesté: «Completamente aislado y fuera de Berlín. De ningún modo tomaré parte en manifestaciones públicas, y mi producción literaria se limitará al marco de la ley alemana.»

Por lo tanto, ya no se trataba del derecho democrático de asilo, sino del derecho para vivir en Alemania bajo condiciones especiales.

La lección democrática que mis enemigos querían darme quedaba ya con

esto muy menguada; pero ni así la habían de sostener. Después de algunos días recibía una nueva pregunta telegráfica, en la cual se me consultaba si estaba dispuesto a ir a Alemania sólo con el fin de curarme. A lo cual contesté: «Pido que se me dé, por lo menos, la posibilidad de permanecer en Alemania el tiempo necesario para mi apremiante tratamiento médico.»

El derecho de asilo se había ya reducido al derecho para hacer una cura. Apelé a las declaraciones de una serie de médicos alemanes, los cuales me habían tratado durante los diez últimos años, y cuyos cuidados, ahora más que nunca, necesitaba.

Por fines de marzo aparecía en los periódicos alemanes una noticia que decía: «En los círculos gubernamentales reina la impresión de que Trotski no está tan enfermo que necesite incondicionalmente el tratamiento de los médicos alemanes.» El 31 de marzo telegrafí yo al Dr. Rosenfeld: «Las noticias de los periódicos dicen que yo no estoy bastante desesperadamente enfermo para que se me permita vivir en Alemania. Yo pregunto: ¿qué es lo que Loebe pretendía ofrecirme, el derecho al asilo o el derecho al cementerio? Estoy dispuesto a someterme al juicio de una Comisión de médicos, y me comprometo a abandonar Alemania tan pronto como termine mi cura.»

De esta manera iba siendo el principio democrático reducido y vulnerado. Primero se convertía el derecho de asilo en un derecho condicionado, después en un derecho para un tratamiento médico y, por último, en el derecho al cementerio. Esto representa que la Socialdemocracia no me llegará a valorar y apreciar sino como cadáver.

No recibía contestación al telegrama, esperé algunos días y volví a telegrafiar a Berlín. El día 12 de abril, esto es, dos semanas después, recibí una comunicación, en la que se me decía que el Gobierno alemán había desestimado mi solicitud de asilo. A mí no me quedó otra cosa que poner este telegrama al presidente del Reichstag, Sr. Loebe: «Lamento que se me haya impedido estudiar prácticamente el derecho «democrático» de asilo.»

Esta es la concisa—y rica de enseñanzas—historia de mi primer intento para conseguir en Europa un visado democrático.

Las razones por las cuales la democracia me ha negado el visado de mi pasaporte son muy diversas. El Gobierno noruego, amabilísimo, alegó que allí mi vida no estaría libre de peligros. Jamás hubiera creído yo que disponía en las elevadas esferas de Oslo de amigos tan providenciales y desvelados por mi vida. El Gobierno noruego defiende, naturalmente, el derecho de asilo lo mismo que lo defienden el francés, el alemán, el inglés y otros. El derecho de asilo es un santo e inviolable principio. Solamente debe el desterrado asegurar que nadie podrá asesinarle en Oslo. Entonces será recibido jubilosamente.

El Gobierno francés ha sido más ingenioso todavía. No se me podía conceder el derecho de asilo porque obra todavía en la Policía el mandamiento de expulsión de Francia que dictó contra mí Malvy en 1916. ¡Un obstáculo absoluta-



# LA VENGANZA DE HEINE

por TRUDI G. DE ARAQUISTAIN

mente insalvable para la democracia! Yo he contado ya alguna vez cómo el Gobierno francés, no obstante el no haber levantado su mandamiento de expulsión contra mí, puso sus oficiales a mi disposición, y cómo me visitaron diputados, embajadores y un presidente del Consejo de ministros en mi época de mando en Rusia. Francia me hubiera otorgado, cómo no, el derecho de asilo si en los archivos de su Policía no existiera una orden de expulsión contra mí dictada por la diplomacia zarista. Naturalmente, un fundamento de la Policía es como un estrella polar, no hay posibilidad de destruirla, ni siquiera de moverla de su sitio.

El derecho de asilo ha emigrado también de Francia. ¿Dónde se encuentra entonces? ¿Quizás en Inglaterra?

El día 5 de junio de 1929 me invitó el partido laborista, del cual es compañero Macdonald, en invitación completamente oficial, y por propia iniciativa, a dar una conferencia en la escuela del partido. La invitación, firmada por el secretario general del partido, dice: «Nosotros descontamos que no encontrará usted ninguna dificultad para entrar en Inglaterra, después de la constitución del Gobierno alborista.» Encontré dificultades. No sólo se me negó el permiso de hablar a los compañeros de partido de Macdonald, sino también el necesario para someterme a tratamiento médico en Inglaterra. El visado me fué sencillamente denegado. El ministro laborista de Policía, Clynnes, defendió esta denegación ante la Cámara, el cual explicó el sentido de la democracia de tal modo, que le hubiese condecorado un ministro de Carlos II. «Derecho de asilo» no quiere decir, según Clynnes, derecho del deportado para exigir asilo, sino derecho del Estado para negarlo.

El devoto ministro Clynnes debía saber que la democracia ha heredado el derecho de asilo directamente del cristianismo. Malhechores perseguidos necesitaban sólo entrar en una iglesia o tocar ciertos objetos para ser acogidos bajo protección. Era, pues, el derecho del perseguido a acogerse a la protección divina, no el de la divinidad a protegerlo. Yo creía que los devotos laboristas que conocen tan poco del socialismo serían mejores conocedores de la tradición de la Iglesia. Ahora me he convencido que ni eso. Mister Clynnes sacará pronto la consecuencia de que la libertad de palabra de ningún modo es el derecho del ciudadano a expresar sus pensamientos, de uno u otro sentido, sino el derecho del Estado a prohibirle el silencio. Prácticamente, esta consecuencia inspira ya las leyes inglesas.

Yo debo confesar que estos tratos con las democracias europeas para conseguir un visado me han producido no pocos ratos de alegría. Algunas veces me imaginaba ejerciendo de *regisseur* de una gran obra teatral, con un solo autor que representara a Paneuropa, y que se titulara: *Principios de la Democracia*. De América no vale la pena hablar. Los Estados Unidos no son sólo la más fuerte, sino la más cerrada tierra. El derecho de asilo no existe allí más desde hace tiempo.

*Europa y América, cerradas.* Estos dos continentes dominan el resto del Mundo. Por lo tanto, el Planeta, cerrado.

(Con motivo del monumento que se proyecta levantarle en Dusseldorf por suscripción internacional.)

Desde el 20 de febrero de 1856 descansaba en Montmartre, en el cementerio de los proscritos, el gran Enrique Heine. Huyendo del dolor de vivir, se había refugiado en la muerte, y allí yacía, cerca de setenta años, con su alma helada, en aquel aposento angosto y húmedo. Pronto se había acostumbrado a estar tendido, inmóvil y sin soñar. Sus ideas y sentimientos estaban envueltos en frío de nieve, y, muy adentro de su alma, él se sentía arrugado y muerto. Nada alteraba su paz bostezante y fastidiosa. En el camposanto reinaba una suave quietud, y los fatigados peregrinos de la Tierra dormían allí, en las huesas adyacentes. Los sauces exhalaban murmullos de espanto y despedían emanaciones cadavéricas. No había gemas en los rosales. Ni cantaban los pájaros: sólo lanzaban trinos de miedo.

El poeta dormía tan profundamente que ni siquiera llegaban a sus oídos las graves campanas de Notre Dame. Parecía como si esta muerte consciente fuera a durar toda una eternidad, cuando una mañana de invierno, gélida y nebulosa, Heine fué turbado en su inmóvil rigidez. Oyó claramente que le llamaban por su nombre. ¿Quién podía ser y qué le querían? Haciendo castañetear sus dientes, estiró su osamenta, espiritual y descontentadiza, e irguiéndose de mal humor se echó sobre los hombros su capa negra y gastada. Luego se puso en pie y, retirando la lápida sencilla y barata donde estaba inscrito su nombre, saltó fuera de su sepulcro. Cuatro hombres graves, vestidos de negro, se inclinaron ante él. Por sus levitas largas y algo usadas, por la forma cuadrada de sus cabezas y por sus ralas cabelleras, Heine adivinó en seguida que eran profesores alemanes. Con una sonrisa irónica y marmórea el poeta les invitó a que le comunicaran su mensaje.

Los sabios le explicaron entonces cómo los alemanes habían abierto en el Mundo entero una suscripción para levantarle un monumento en su ciudad natal. Y cómo a ellos se les había confiado la misión de visitarle y solicitar su asistencia a la inauguración del monumento. Heine se quedó pensativo, como se queda uno en sueños para recordar algo que también se ha soñado. Se limpió las órbitas húmedas y sintió que se ruborizaba, como se ruborizan los muertos. Su rostro, hasta entonces pálido y frío como la piedra, comenzó a animarse e iluminarse, como si el espíritu tuviera más poder aún que la palabra hablada.

—¿He oído bien, señores profesores?—preguntó—. ¿No se habrán equivocado ustedes confundiéndome con algún otro cadáver de la historia literaria? ¿Saben ustedes quién soy? Pues, si mi adormecida memoria no me engaña, juraría que en vida me levanté muchos e imperecederos monumentos. ¿A qué viene entonces esta tonelada de gloria tardía y pétreo que yo para nada necesito?

—¡Ah, venerado maestro!—contestó el más grave y el más capicvadrado de la delegación—. Usted no sabe cómo se le admira ahora en Alemania. Usted se ha encumbrado al rango de poeta nacional ante el Mundo entero. Usted ha escrito los más bellos versos alemanes, aunque hasta después de su muerte no empezamos a reconocerle y glorificarle. ¿Qué de extraño tiene, pues, que la simpatía y admiración del pueblo alemán quiera erigirle un monumento?

—Todo eso está muy bien dicho—replicó el poeta—. Pero me parece completamente superfluo que el pueblo alemán quiera expresar la admiración que siente por mí consagrándome un monumento. El estado físico en que estoy me priva de toda esperanza de volver a vivir entre mis semejantes. En rigor, la sociedad humana no existe ya para mí. Quiero decirle que también he roto las cadenas de esa vanidad personal que aqueja a quienes han de azacanear entre los hombres en eso que ustedes llaman mundo. Tengo, pues, que declarar ingenuamente que un monumento de piedra no me honra más que si me disecaran y conservaran en un museo zoológico.

—Nuestro deseo más vivo—continuaron los profesores—es conducirlo en una triunfal carroza de oro a Dusseldorf, su pueblo natal.

—¿Cómo? ¿Qué dicen ustedes? ¿Mi pueblo natal?—contestó el poeta—. He ahí un concepto que se me ha hecho enteramente extraño. Además, ya ven ustedes que no me entrego a una humildad hipócrita, a una falsa modestia. Yo sé que soy el más grande poeta lírico que ha existido jamás, y, por lo tanto, un genio tan grande como yo no puede tener por tierra natal a ningún país determinado. Apenas pertenezco ya a este Mundo, donde soporté y sufrí tanto.

—Maestro, comprendemos lo que usted quiere decir—dijo el más anciano de los sabios—. ¡Deje usted en paz al pasado! Es verdad que fué usted un mártir de ciertas circunstancias nacionalistas. Pero usted sabe que con la historia de los grandes hombres se hace la leyenda de los mártires. El pueblo lapida a sus profetas para poder adorarlos más tarde fervorosamente. No se abandone usted a esas tristes reflexiones y vuelva a su patria.

—Se me desgarró el corazón de pensar que tienen ustedes que prescindir de mi retorno póstumo a Alemania—contestó Heine—. ¡Hace tanto tiempo que vivo en el destierro! Y sólo ahora comienzo a curarme de mi inmensa nostalgia, a acostumbrarme a los pasteles y golosinas del destierro, a hablar francés, a escribir, a amar, hasta suspirar en francés. En otra época creí que Alemania era el mejor de los países, la más hermosa de las patrias, y los alemanes el pueblo más noble y más inteligente. Pero, de un tiempo a esta parte, ya no echo de menos a Alemania, con sus árboles soñadores, con sus nubes melancólicas, con sus amapolas, con sus ruiñes, con su chucrut y con su cervé-



za. Ahora ya sé que también en Francia florecen las violetas y las rosas, y cantan los pájaros. En ninguna parte del Mundo me siento tan a gusto como aquí, en París, en este ambiente hospitalario y civilizado, con sus modistillas, sus bulevares, sus tiendas de lujo y su *Bibliothèque Royale*. A veces, me represento esta tierra como una Alemania francesa. Estoy seguro de que ni en el cielo, donde los angelitos deben cantar y oler tan bien, sería más dichoso que aquí.

—Perdónenos, maestro—replicaron a un tiempo los cuatro profesores—, que dudemos de que usted, romántico incorregible, pueda sentirse a gusto en Francia, patria del materialismo. No vacile más y regrese a Alemania.

—Ni en efígie quiero que me cuelguen allí de las paredes. Además, ¿qué tengo que hacer en Alemania? ¡Si en un tiempo me confiscaron hasta el cerebro, si el Gobierno secuestró mis escritos! ¡Había que borrar mi nombre de la memoria de las gentes, destruir mi hacienda y matarme poco a poco de hambre! ¿Qué se me ha perdido, pues, allí?

—Ya le hemos explicado—insistieron los profesores—que en Alemania ha habido grandes cambios desde entonces. Hemos perdido una guerra, hemos mandado al destierro al emperador y a los

reyes, hemos proclamado hasta la igualdad de los judíos.

—Sí, he oído—comentó el poeta—que, al fin, han reconocido ustedes ese principio y que los empleos públicos están abiertos a los judíos de talento. ¡Y pensar que ahora yo podría ser quizá un secretario de Embajada, que es el puesto más apetecible para un poeta! Por lo menos, lo era para los poetas sudamericanos de mi tiempo... Y, sin embargo, no hace mucho que un ilustre correligionario mío, llamado Einstein, fué víctima de la fobia antisemita. Lo cual me prueba claramente que no se han desarraigado del todo esta intolerancia medieval y estos prejuicios anacrónicos.

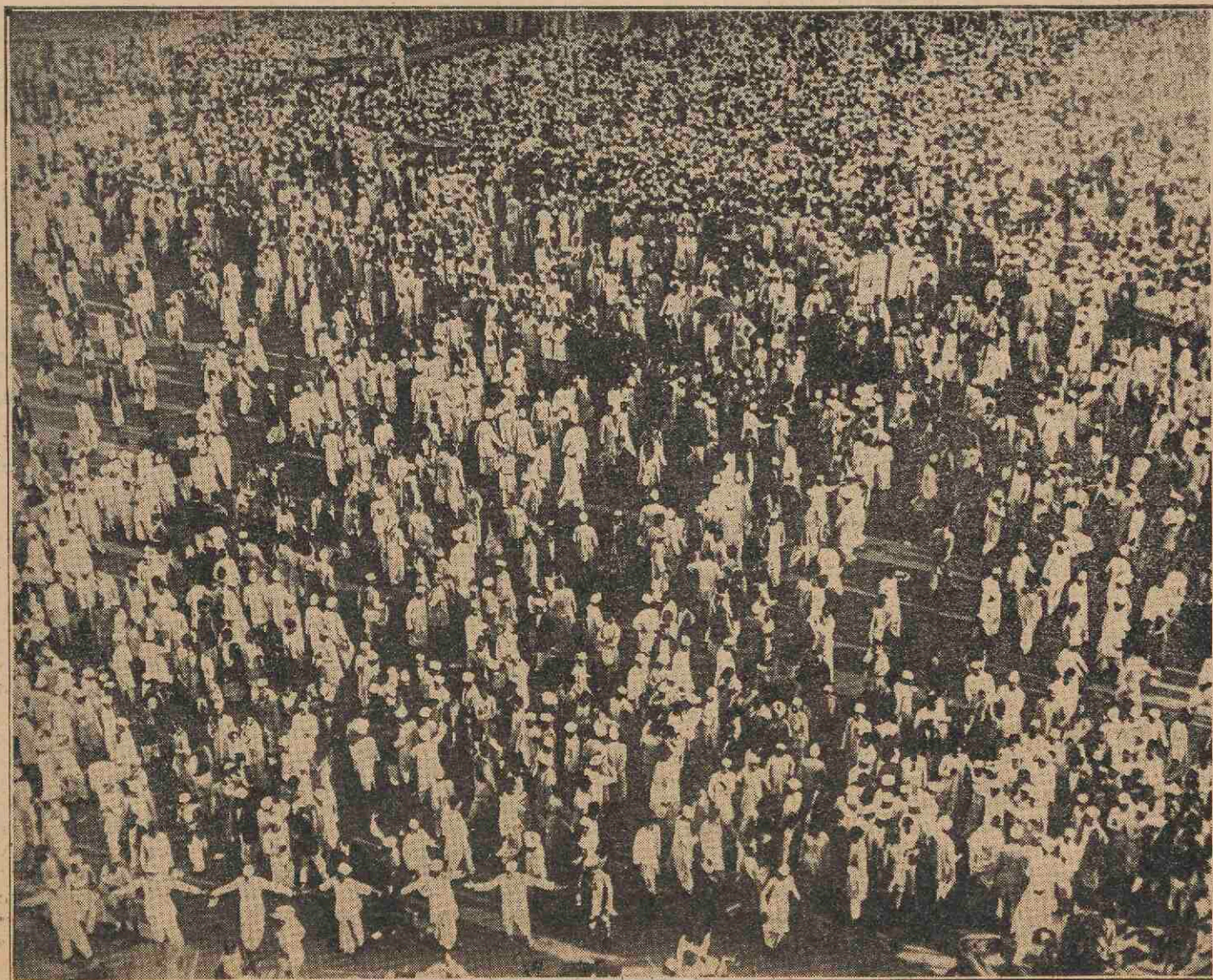
Los desventurados profesores tudescos habían agotado sus artes suasorias y, como último recurso, echaron mano de un pergamino que uno de ellos sacó del interior de la levita abotonada. Era la carta de ciudadanía que Dusseldorf otorgaba a Heine y que el profesor entregó al poeta con un patético gesto patriótico. Pero el poeta la rompió en pedacitos y les dijo:

—Ya les he explicado antes que yo no puedo pertenecer a ninguna tierra natal determinada. Estoy cansado de la lucha y sólo quiero reposar. Si quieren hacerme un obsequio, regálenme más bien un gorro de dormir, de aquellos que se metían hasta las orejas. Estoy resuel-

to a quedarme en Montmartre, donde puedo entregarme a mis caprichos personales sin la responsabilidad de tener que ponerme a tono con el solemne monumento que ustedes me brindan. Además, aquí estoy rodeado de los más bellos monumentos del Mundo. Conque, ¡hasta la vista, señores!...

Diciendo esto, Heine insinuó burlonamente un saludo marcial, al mismo tiempo que hacía chocar los huesos de su pie derecho con los del izquierdo, al modo de los antiguos militares alemanes, y, dejando a los atónitos profesores con la boca abierta, desapareció de un salto en la fosa para continuar durmiendo el sueño de los justos. Los cuatro sabios bajaron la cabeza cuadrada y salieron del camposanto renegando de Heine y de su monumento, varias veces proyectado y frustrado otras tantas, como si el poeta, glorificado por todas las culturas modernas, se complaciese irónicamente en hacer fracasar a los que ahora quieren adorarlo en piedra, después de no haber sabido comprenderle, cuando vivía, en espíritu. Es su más fina venganza.

**Los originales que publica  
NUEVA ESPAÑA son  
RIGUROSAMENTE INEDITOS**



Los partidarios de Gandhi reunidos en Chowpatty (Bombay) para infringir la ley del monopolio de la sal.



## MANIOBRAS IMPUNISTAS

## La dictadura y sus cómplices

por CRISTOBAL DE CASTRO

## Procedimientos judiciales

Desde el punto y hora en que el Gobierno Berenguer juró «guardar y hacer guardar la Constitución», todo cuanto en ella se prescribe está vigente y todo cuanto se oponga a ella derogado. Por consiguiente, sin necesidad de aclaraciones, está vigente el Código penal del 70 y derogado el que amañó la dictadura. ¿Está esto claro, como solía decir Maura?

Así, cuantos decretos, reales órdenes y medidas gubernativas de toda índole emanadas de la dictadura—Poder faccioso—, al margen de la Constitución—Poder legítimo—, carecen de valor legal. Y cuantos delitos cometiera el Poder faccioso contra el Poder legítimo pueden y deben ser juzgados según el Código penal del 70, que es el constitucional y, por tanto, el vigente. Esto, que no tiene vuelta de hoja para todo espíritu claro y recto, sirve a los torcidos y oscuros para sus falaces maniobras. Y así hay todavía quien sostiene la vigencia del Código de Galo Ponte en tanto no se dicte una disposición precisa y terminante.

Pero ¿qué más disposición ni más terminante ni más precisa que el acto constitucional del Gobierno Berenguer jurando «guardar y hacer guardar la Constitución»? Si el tal Código rabuloso se engendró—se amañó—al margen de ella, ¿quién duda de que el mismo acto de la jura quedó plenamente derogado, puesto que por el mismo acto quedó el constitucional—el del 70—plenamente restablecido?

Pero, a mayor abundamiento, el decreto constitucional de 13 de marzo último sobre interposición de recursos declara que la Constitución está vigente. Y, por tanto, los Tribunales no pueden aplicar el Código faccioso, sino el legítimo. Pues, si aplicaran el faccioso, serían los Tribunales facciosos también.

No hay por qué aguardar a las Cortes, como pretenden los demasiado ingenuos o los demasiado astutos. El «Tan largo me lo fias» quede en buen hora descartado. Habiendo Tribunales y Código hay ya procedimientos constitucionales, normales, legítimos.

Todo agraviado en su persona o en sus intereses tiene abierto el camino hasta el juez de guardia. De suerte que, si prevalece la impunidad, prevalecerá por omisión cívica. Toda falta, todo delito contra los derechos prescritos en la Constitución tiene en el Código penal vigente—el del 70—las sanciones correspondientes.

## Escalas de complicidad

La dictadura será juzgada por sus obras—por sus malas obras—según la escala penal vigente. Mas sus cómplices han de serlo según la escala de complicidad política.

Los cómplices políticos—ya trásfugas de otros partidos, ya catecúmenos coadyuvantes en las monstruosidades despóticas—deben ser rechazados de toda agrupación política, como los ayudantes del verdugo son rechazados en toda agrupación social.

A este fin es indispensable formar—como propusimos en *La Libertad* hace unos meses—el censo de Iscariotes. Y todos los que de algún modo hayan prestado su adhesión pública o vergonzante a las infamias de «los seis años incuos» deben sufrir la inhabilitación política, cerrándoles el paso a todo nuevo cambio de partido, y la inhabilitación periodística, borrando para siempre de los periódicos sus nombres sicarios.

No es venganza, sino justicia a secas. Ellos se proclamaron ufanamente antiparlamentarios, anticonstitucionales, apolíticos. Nosotros, respetando su ideología, hemos de mantenerlos apolíticos, anticonstitucionales, antiparlamentarios.

Y si ellos, afrentándose a sí mismos, se desviven por ser traidores a su credo, nosotros no lo hemos de consentir. Han de permanecer apolíticos y, por tanto, fuera de toda agrupación política. Y la agrupación que admitiera a sólo uno de ellos y se contaminara de su roña, debe ser combatida a sangre y fuego.

Han de continuar anticonstitucionales, como vociferaban jaleando las notas oficiosas. Por tanto, frente a todos los derechos de reunión, manifestación y Prensa. Tal y como—en sus cenas y verbenas, en sus desfiles y juergues a costa del Erario público—gritaban a la Prensa amordazada, a la tribuna muda, a la cárcel pléfrica de profesores y estudiantes.

Han de seguir antiparlamentarios, como aullaban haciendo mofa del Parlamento, cerrado a piedra y lodo por la fuerza dictatorial. Y si se presentaren a las elecciones, habrá que señalarlos al fiscal como incursos en delito contra la Constitución y, por tanto, como inhabilitados por la Ley para ejercer derechos políticos.

## Los últimos embosecados

La facción que se llama «Unión Monárquica», y que es más conocida por «el partido de los Lázarus», advierte en una nota oficiosa que entre los adheridos faltan «muchos que desempeñan cargos públicos y que, por natural delicadeza, no dan sus nombres».

El cinismo de semejante declaración responde a una táctica tradicional en la Picaresca. Como los héroes de Quevedo—que se pintaban úlceras y ensayaban en sus cubiles los acentos más planideros, arrastrando la ese del Jesús, o de parálisis para mover los corazones a piedad y acrecer las limosnas—, los upetistas, luego de avasallar al país y arruinar la Hacienda, se pintan úlceras de perseguidos y ensayan pordiosos de arruinados.

Su procedimiento, en un país desmemoriado y patético como España, es infalible. Ni palabra mala ni obra buena. Hicieron tabla rasa de los derechos ciudadanos, entraron a saco los caudales públicos. Y ahora se aferran a los cargos alegando que sólo cuentan con el sueldo y piden paz entre los hombres invocando el nombre de Dios.

Pues bien. Aceptemos su táctica. Ni palabra mala ni obra buena. Digamos que son todos Quijotes y Arturos. Pero

hagamos que todos sean sustituidos en los empleos que aun usurpan.

Uno a uno, todos los Ministerios realizan la necesaria revisión. De cuantos cargos repartió la dictadura no debe quedar uno solo en manos de los que expoliaron y arruinaron a España.

Han sido reemplazados varios subsecretarios y directores generales. Pero aun quedan los últimos embosecados, que urge sustituir en nombre de la Constitución por ellos reiteradamente escarneada.

Aun quedan, por ejemplo, directores generales de Hacienda que actúan contra la Constitución como asambleístas. En diferentes cargos, de nombramiento del Gobierno, continúan asambleístas que combatieron la Constitución defendiendo la dictadura y sus despotismos. ¿Pueden permanecer esas gentes en esos cargos ni un día más?

Otro tanto sucede con el sinnúmero de prebendas que siguen disfrutando, en un Gobierno constitucional, los que combatieron a sangre y fuego la Constitución. ¿Puede el Gobierno, por decoro propio, consentirlo?

Los embosecados a título de técnicos saben de sobra que otros técnicos han sido justamente sustituidos. De suerte que es inútil el grotesco «taboú». A un técnico, otro técnico y se acabó. Lo que no puede prosperar, por muchas úlceras que se pinten y por muchas eses de Jesús y parálisis que arrastren, es la continuación, con un Gobierno constitucional, de asambleístas y upetistas escarneadores de la Constitución durante seis años.

Y para que nuestros lectores tengan idea de las muchas brevas y canonjías aún en manos de asambleístas y upetistas—eternos jaleadores de la dictadura y sus iniquidades y sempiternos destructores de la Constitución y el Derecho—, a continuación reproducimos los numerosos organismos pendientes de la necesaria revisión del personal, que es ¡todavía! el mismo nombrado por la dictadura:

Consejo Superior de Ferrocarriles, Comisión del Motor y del Automóvil, Patronato de Firms Especiales, Junta Central de Abastos, Comité de Derechos Reales, Junta de Radiocomunicación, Comité del Tráfico Aéreo, Comisaría Central Sanitaria, Instituto Técnico de Comprobación, Junta Central de Transportes, Comisaría del Seguro obligatorio, Oficina Central Sadera, Comité de Productos de Establecimientos agrícolas oficiales, Comité de Mejora de Plantas y Animales, Comisaría del Aceite, Comisaría del Algodón, Comisaría de la Fábrica de la Moneda, Patronato Nacional del Turismo, Consejo Nacional del Combustible, Junta de Cancelación de quebrantos marítimos, Comité de Fondos provinciales, Comité regulador del Papel, Comité de Vigilancia de la Exportación, Banco de Crédito Local, Banco Exterior.

En todos estos organismos hay asambleístas y upetistas, los últimos «embosecados» de la ominosa dictadura, enemigos feroces e implacables del régimen constitucional. ¿Es que el Gobierno constitucional puede mantener en sus puestos a quienes fueron cómplices de tantos y tantos delitos cometidos contra la Constitución?



**CARTA DE PARIS**

**El centenario de Guido Gezelle**

por **A. HABARU** (Redactor Jefe de "Monde")

Bélgica celebra el 4 de mayo, con regocijos oficiales, el centenario de su máximo poeta Guido Gezelle, quien nació en Brujas, el 1 de mayo de 1830, y vivió pobre y desconocido. La personalidad de esta extraordinaria figura flamenca sobrepasa el cuadro de su pequeño rincón de tierra. Europa puede reivindicarla.

Guido Gezelle nació cuando el Reino Unido de los Países Bajos, fundado en 1815, vivía sus postreros días. Después de la revolución de 1830, el Gobierno de Bruselas, dominado por la influencia francesa, se propuso imponer la cultura francesa en Flandes. Fue este un sombrío período de depresión para el pueblo flamenco. Baste decir, para dar la medida de la opresión cultural que entonces reinaba en el país, que Decoster escribió *La Légende d'Ulenspiegel*, epopeya de Flandes, en francés. Pero, así las cosas, hacia 1858, un joven poeta, un pequeño vicario de West-Flandre, hace oír en la lengua de su pueblo cantos que sólo pueden situarse entre los más bellos de los grandes poetas del Mundo. El pueblo no se reconoce en ellos. Pero la semilla cae en algunas almas entusiastas. Y germina. Treinta años más tarde, toda la juventud flamenca se vuelve con admiración hacia aquel que desde su soledad y aislamiento había despertado la conciencia de Flandes.

La vida de Guido Gezelle es todo el drama de un pueblo económicamente poco favorecido, sometido desde siglos a la dominación de la Iglesia, del propietario y de la dominación extranjera. Profesor a los veinticinco años en el pequeño Seminario de Roulers, publica, en 1858, dos volúmenes de poemas rebosantes de

un gran amor a la vida, olorosos a tierra, y en los que alcanza el lenguaje popular los acentos del más alto lirismo. El obispo de Brujas, dos años más tarde, le expulsaba del Seminario y le prohibía escribir más: fiel a la política del Gobierno, la autoridad religiosa quiere callar la voz que amenaza despertar la cultura flamenca, adormecida, y ahogar

el «élan» apasionado hacia la vida terrestre que se manifiesta en los cantos del joven sacerdote. Sumiso, como su pueblo; el poeta guardó silencio, calló durante treinta años. Pero, en la Universidad de Lovaina y por todo Flandes, los jóvenes recitaban sus poemas, el Flandes que, poco a poco, muy lentamente, se despertaba y encontraba en la obra del poeta, que, a pesar de todo, seguía silencioso. Cuando llega el renacimiento literario de 1830, toda una generación proclama la gloria del que no pasaba de ser un pobre vicario desconocido. La Iglesia apresuró entonces a reparar su error, y el poeta, ya viejo, volvió a cantar.



Grupo de mujeres que han ido andando a Londres [desde el Norte de Inglaterra para protestar contra la falta de recursos de los obreros sin trabajo, incorporándose a la manifestación del Primero de Mayo



Momento de sacar del fuego a los muertos y heridos de la cárcel de Ohio (Estados Unidos)

Este sacerdote católico es un gran pantheísta. Antes de él, los literatos académicos y fríos no habían sentido nada de la vida. Bruscamente se dejan oír sus cantos espontáneos, apasionados y que-mantes, que abarcan a la Naturaleza entera y a todo lo que hace la riqueza de la vida en este Mundo. Una poesía mucho más directa, infinitamente menos literaria que la de los románticos franceses de 1830. Gezelle siente de una manera profunda todas las vibraciones de la Naturaleza y las traduce en un lenguaje que le permite recursos de color y música incomparables. Como se supone, todo lo relaciona con Dios; mas para él la idea de Dios se confunde con la idea de naturaleza y de vida. Esto permite compararle a Walt-Witman. Su poesía es también universal. Es más directa y menos profética que la del gran americano.

El obispo de Brujas, sin duda, estará representado oficialmente en la inauguración del monumento a Guido Gezelle, el 4 de mayo, y en los discursos oficiales los oradores se guardarán de recordar que si el poeta tuvo que callar durante los treinta años más fecundos de la existencia humana fué por orden de la autoridad religiosa.



# Barroto

El Patronato Nacional del Turismo es una vasta Central de Enchufes creada por la dictadura para recompensar los servicios de una pandilla adicta.

Es también una gran Entidad de Propinas.

## LEA USTED "NUEVA ESPAÑA"

El noticiero huérfano de padres y madre (hemos nombrado a *La Nación*) se vende muy poco. Apenas tiene suscriptores. No percibe ya los salarios que antes le otorgaban los dictadorcetes.

La gente se pregunta, ¿de qué vive el noticiero huérfano?

¿En dónde escarba el antiguo pornógrafo, ex director de aquella revista puerca que se llamaba *El Viejo Verde*?

Rogamos al noticiero huérfano que nos explique el enigma.

## SUSCRIBASE A "NUEVA ESPAÑA"

Ahora resulta que el Sr. Sangróniz utiliza la propaganda del turismo para hacerse su propaganda de intelectual «raté».

Véanse, si no, los periódicos de estos días, donde aparece la reseña de una conferencia del Sr. Sangróniz, en el Círculo Mercantil.

Cotéjense las reseñas y obsérvese que todas son iguales.

Como que han sido hechas por el interesado, enviando «autobombos» como envía la publicidad del turismo.

¡Gran turista, no cabe duda, el señor Sangróniz!

Así se escribe la historia de muchos intelectuales de por aquí.

Cuidado, queridos amigos del simpático semanario *Cierzo*, de Zaragoza.

Cuidado.

Porque están ustedes llamándole a un fascista sedicente «orientador de juventudes».

No sirvan ustedes de pantalla a esa desacreditada pantalla reaccionaria.

Datos para la orgía de las Exposiciones:

Un concejal del Ayuntamiento de Barcelona ha denunciado que existen en la Exposición, pagados por el Municipio, treinta y dos empleados que no hacen

nada y cobran sueldos de 3.000 y 2.750 pesetas ¡mensuales!

¿Hasta cuándo va a durar la herencia de la dictadura?

## Lea usted NUEVA ESPAÑA

Algunos escritores «puros» han dejado de saludarnos porque nos «metemos» con el Patronato del Turismo.

Pero, señor, ¿qué tendrá que ver el turismo con la poesía pura?

Habrá que enterarse.

## Lea usted NUEVA ESPAÑA

El malogrado humorista Iglesias Hermita decía en una ocasión:

«¿Ustedes no han oído decir: Fulano es más bruto que una tabla? Pues bien; esa tabla es Delgado Barreto.»

¡Qué talento tenía Prudencio Iglesias!

El alcalde de Villoldo (Palencia) ha vendido en pública subasta, y en 50 pesetas, los retratos de Primo de Rivera y Martínez Anido.

Nos parece muy bien la decisión de ese alcalde. Únicamente encontramos caro el precio de la venta.

Debió venderlos en un baratillo de esos de «todo a 0,65».

El noticiero huérfano, el diario escrito con la pringue fecal que lleva en el cerebro el antiguo director de *El Viejo Verde*, ha dicho que Unamuno no quiso pagar su hospedaje en el hotel.

Miente el periódico más imbécil del Mundo (hemos nombrado a *La Nación*).

El grande, el patriota, el admirable Unamuno no tenía por qué pagar la cuenta del hotel. La Alianza Republicana se adelantó delicadamente a abonar ese pequeño gasto.

Pero ¿quién hará comprender a *La Nación* ninguna delicadeza?

La Patria no es la Monarquía. La autoridad no es la fuerza. El orden no se logra poniendo grilletas a los que piensan de distinta manera que nosotros. Las ideas no se combaten con mordazas.

Nuestro querido colega *Nosotros* pregunta si se debe decir Patronato o Ladronato.

Según.

Tratándose del Turismo...

Va a ser muy reñida la lucha electoral por los distritos de Sierra Morena.

Pero se da por descontado el triunfo de algunos candidatos: Delgado Barreto, Cruz Conde, Sangróniz y Calvo Sotelo.

A propósito: ¿por qué no le hacen a Delgado Barreto marqués de Venta Eriñaña?

He aquí una copla que cantaban con mucha sandunga los sevillanos:

*Arenal de Sevilla,  
Torre del Oro.  
Si no se va Cruz Conde...  
Arenal solo.*

## Lea usted NUEVA ESPAÑA

Romanones dice en su libro sobre Sagasta que una pena de muerte es la mayor fortuna para un político.

Habrá que ir pensando en concederle a él ese premio.

Se lo tiene bien ganado.

La marquesa de Casa Henestrosa dice: «¡Yo soy una monárquica al rojo!»

Hay muchas monárquicas al rojo. ¿Por qué lo hemos de negar?

## “NOSOTROS”

Con mucho gusto saludamos la aparición de la nueva revista política *Nosotros*.

Los dos números publicados hasta ahora muestran una firme ideología izquierdista defendida con ingenio, cultura y gran espíritu combativo. Redactan las páginas de *Nosotros* escritores de talento y, por lo tanto, antimonárquicos. El nuevo y fraternal colega republicano merece el éxito rotundo con que ha sido acogido.



# EL TRABAJO FORZADO EN LAS COLONIAS

por LEON JOUHAUX (Secretario general de la Confederación General del Trabajo)

La cuestión del trabajo forzado u obligatorio de los indígenas, cuyo examen había sido preparado por las tareas de un Comité de técnicos coloniales, ha sido objeto de una primera discusión en la Conferencia internacional del Trabajo de 1930. Ahora se volverá a presentar el problema ante la Conferencia de junio próximo para su estudio y reglamentación. El año último ya se había trazado en grandes líneas un cuestionario propuesto a los Gobiernos por el B. I. T. (*Bureau International du Travail*). Las respuestas enviadas por los Gobiernos han servido de base a la elaboración de un anteproyecto de convenio y de otros proyectos recomendados.

A pesar de la existencia del convenio sobre la esclavitud, adoptado por la sexta Asamblea de la Sociedad de Naciones, la adopción de tal reglamentación era dudosa. Hoy es completamente cierta. Salvo un Gobierno, que aduce tan sólo razones de oportunidad, los demás de los países colonizadores se han pronunciado en favor de este reglamento internacional, y, con más motivo, se han adherido aquellos países que, por no tener colonias, nada pueden oponer a la realización del fin perseguido.

Por otra parte, también guardan silencio los colonistas, que todavía, el año pasado, protestaban de la proposición del B. I. T., considerando que excedía los límites de su competencia. La posibilidad de establecer aquel convenio ya no es discutida por ellos, aunque, claro es, no renuncien en absoluto a su oposición. Seguramente volveremos a encontrarlos en Ginebra, obstruyendo el debate en cuestiones de detalle. Pero, desde luego, podemos afirmar que la partida está ganada, ya que el grupo obrero se esforzará en obtener medidas verdaderamente eficaces y las garantías indispensables. En fin, lo principal está logrado. Supresión inmediata del trabajo forzado en provecho de los particulares, reglamentación estricta, bases para la supresión próxima del trabajo forzado en beneficio de las obras públicas, locales o regionales. He aquí el *mínimum* con el cual podemos hoy contar efectivamente.

No creemos necesario recordar al por menor las razones en que se funda esta reglamentación, cuyo fundamento lo constituyen los principios formulados en el convenio internacional sobre la esclavitud. Hay argumentos de todos los órdenes. De humanidad ante todo. Es indispensable poner fin a los abusos irritantes y brutales, prohibir la explotación despiadada a que se hallan sometidos los indígenas de las colonias, impedir esas hecatombes espantosas como las que han ocurrido algunas veces en nuestros protectorados.

El trabajo forzado es una forma atávica de la esclavitud, se dice frecuentemente. Pero no basta con afirmar esto. Es muchas veces peor que la esclavitud, porque, incluso bajo la forma de servidumbre temporal, se acompaña para siempre del desprecio por la vida huma-

na. Esta sola razón bastaría. Existen, sin embargo, otras de índole económica.

Los defensores del sistema alegan que éste es indispensable para obtener producto valioso de las colonias. A tal argumento, que aun cuando fuese cierto no podría legitimar el abuso antihumano, nosotros contestamos, probándolo con multitud de experiencias, que el trabajo forzado resulta, a la larga, perjudicial y ruinoso para la explotación de la riqueza colonial. Ahora se reproduce la vieja controversia entre esclavistas y antiesclavistas. Seguramente terminará de la mis-

ma manera y con el acopio de idénticas demostraciones.

Pero existen también otros motivos que justifican nuestros esfuerzos en Ginebra. Ciego será quien no vea la agitación que hoy reina en los pueblos colonizados. Son terrenos preparados para toda clase de trastornos interiores y exteriores. Cosas que constituyen, evidentemente, un constante peligro para la paz. Imponer la justicia en las relaciones entre colonizadores y colonizados es lo menos que se puede hacer para descartar esos peligros.

## CONTRA EL IMPERIALISMO, CONTRA LAS DICTADURAS

por MIGUEL ANGEL ASTURIAS

Los estudiantes hispanoamericanos que residen en Madrid, París y podría agregarse Berlín, al ponerse en contacto directo con los problemas sociales que hacen de Europa algo más inestable que una mar borrascosa, se sienten, con olvido de sus pequeñas patrias, hijos de una patria mayor, ciudadanos de América. Pero nada tendría de trascendental este reconocimiento entre elementos estudiantiles salidos de sitios que separan miles de miles de kilómetros, si no acarrearía la confrontación de los problemas nacionales—cada estudiante con su problema local y todos con el de América—y, como consecuencia, las conclusiones que, formuladas o no, se han debido sacar. Por de pronto, los estudiantes de Madrid, París y Berlín han tomado como línea de conducta, de acuerdo con todos los estudiantes hispanoamericanos, luchar contra el imperialismo yanqui y contra las dictaduras. Contra el imperialismo y contra las dictaduras; éstas son las palabras con que se reconocen actualmente los estudiantes de nuestra América que residen en Madrid, París y Berlín. Ellas denuncian los dos peligros más graves que acechan constantemente a aquellos pueblos, al par que, como grito de combate, sintetizan la alianza inquebrantable, ya formada entre los elementos jóvenes de América, para oponerse siempre al imperialismo del dólar y a las dictaduras, que son a menudo su consecuencia.

Pero las palabras subrayadas por el ejemplo tienen más valor. Así lo comprenden las nuevas generaciones, y, gracias a eso, ya puede hablarse de la conciencia de una nueva América. Una conciencia de conjunto, presta a defender palmo a palmo la libertad y la independencia de su suelo.

Confirma lo dicho anteriormente, el caso de Nicaragua invadida mejor dicho, reinvadida por los marinos del país de la

libertad (de la estatua, se entiende). Los estudiantes hispanoamericanos de París dieron el grito de alarma (Primo de Rivera impidió que hicieran otro tanto los que residían en Madrid), y a los estudiantes de París se unieron los de Méjico, los de la Argentina, los de Cuba, etcétera, etc., hasta crear en el Mundo una opinión francamente adversa contra la empresa que el cuáquero hipócrita de Colidge habría llevado adelante sin esta grita de los estudiantes de todo el continente y sin la acción nobilísima de Sandino.

Contrasta lo sucedido en Nicaragua últimamente con lo que pasó con Santo Domingo cuando la primera invasión yanqui. En este entonces, para vergüenza de nuestra raza, hubo Congresos y presidentes que felicitaron al departamento de Estado por su conducta ejemplar en pro del orden alterado en Santo Domingo.

Y en cuanto a las dictaduras, los ejemplos abundan. En Venezuela, Gómez y Compañía Ltd., habría acabado con los estudiantes que se echaron a la calle a gritar por la libertad de su país, de no haber actuado con toda eficacia las organizaciones estudiantiles de los otros países americanos, y las de París, Madrid y Berlín.

Flota ya en la conciencia de todos los hispanoamericanos este sentimiento de unión para defenderse de los dos enemigos comunes, y en centros como los apuntados, Madrid, París y Berlín, esta impresión de alianza espiritual de nuestros pueblos contra el imperialismo yanqui y contra las dictaduras se siente en forma tan llena de realidad que renace la esperanza en el futuro de países por los que Darío, como en los partes mortuorios, pidió una oración al Almirante.

Madrid, 1930.



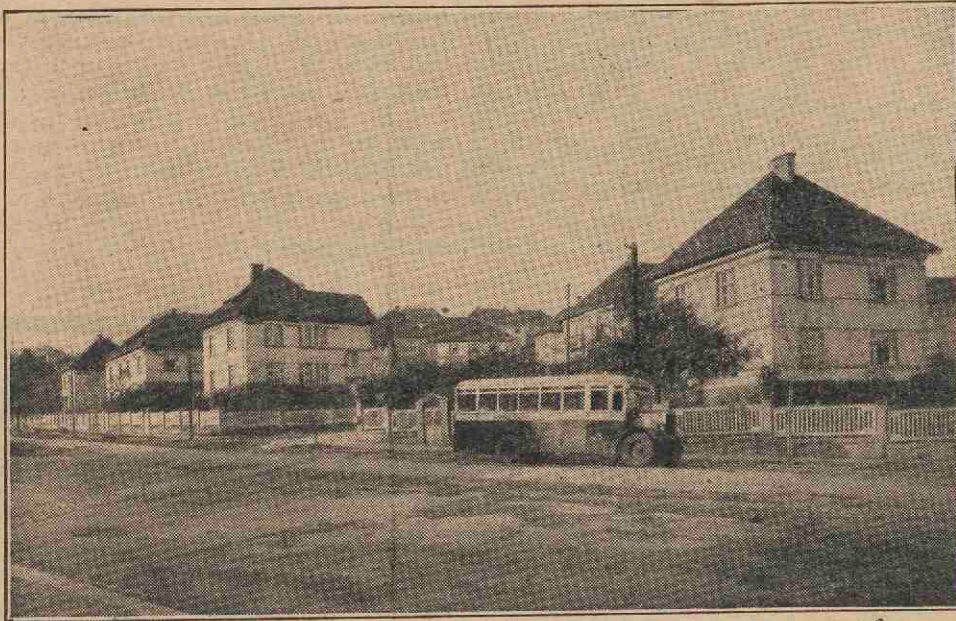
# CHECOSLOVACIA

por F. FERNANDEZ

Praga tiene una toponimia jeroglífica. Desde lo alto del avión, en esta tarde de abril que llego a Praga, no se ven más que las torres de las iglesias; la ciudad se esconde en los pliegues de tres

El checo, idioma de seis millones de habitantes (Checoslovaquia tiene catorce millones de habitantes, pero tres millones hablan eslovaco y cinco millones otros idiomas, sobre todo alemán y pola-

Estado checoslovaco sostiene escuelas en todos los idiomas en número proporcional con las checoslovacas; hay incluso escuelas en hebreo para los judíos. En el Parlamento se expresan los diputados en el idioma de sus representados. En el último Gobierno hubo un ministro alemán que no sabía el checo, y del actual forman parte dos ministros alemanes. En Praga hay dos universidades, una checa y otra alemana, y se da el caso de que un ciudadano de Checoslovaquia puede hacerse doctor sin conocer una palabra de checo, y le es imposible hacerse sin saber alemán, porque mientras en la Universidad checa se exige el alemán, en la alemana no se exige el checo, y lo mismo ocurre con la segunda



Casas de una colonia de obreros construidas por el Estado

montes coincidentes, intrincados, con el Moldan, el río de donde nació encantada la vieja ciudad. Para ver a Praga hay que meterse por ella, hacerse uno algo de ella misma, elemento de sus calles complicadísimas, como hay que meterse por la cultura bohemia cuando uno quiere comprenderla: inventos Praga y su cultura, anteriores al de la lente y la vista panorámica, hay que mirarlos cara a cara. ¿Hablaré de la historia de Praga? ¿Embaucaré en remembranzas librescas la emoción tensa de este paseo a orillas del Moldan, en el que voy imaginando el presente artículo? Praga tiene algo de bruja—en todas las ciudades del catolicismo viven las brujas como fantasmas de los excolmogados—(integralidad del catolicismo que idea sus santos y sus diablos). Esas preguntas que me hago no son preguntas huera de a cara o cruz; me las hago influido por la realidad, como cifra de la colisión que se siente en el ambiente de Praga.

Entre su tiempo de capital del reino de Bohemia y este de ahora de capital de la República checoslovaca han transcurrido algunos siglos de muerte. De estos siglos de muerte quiere olvidarse Praga apoyándose en su origen y viviendo hacia el porvenir. La colisión que se siente en el ambiente de Praga consiste en el fuerte retrogradismo instintivo del pueblo a su autoctonimia y el influjo de la vida nueva. Para salvarse, Checoslovaquia ha tenido que ir a buscarse a sí misma allá adonde casi comienza su historia; pero no le bastaba con volverse atrás para salvarse; volverse atrás no significa sino remordimiento, y el remordimiento, que puede ser mucho para entrar en la muerte, no es casi nada para entrar en la vida.

co), perseguido y reducido en el monte, en el alma noble de los labriegos—que han sido la resistencia más fuerte contra el imperialismo en toda Europa—, vuelve hoy a campar en la vida de Praga. La literatura checa domina toda la vida espiritual del pueblo. En diez años, el alemán, que había oprimido al checo durante siete siglos, ha quedado relegado a idioma extranjero. Checoslovaquia ha resucitado esencialmente, y de un vegetal miserable, anquilosado en la entraña evolutiva del Universo, se ha convertido en un pueblo orgánico, productor de armonía universal. ¿Por qué son los pueblos pequeños—Suiza, Dinamarca, Holanda, Bélgica y ahora Checoslovaquia—los mejores productores de armonía universal? Porque sólo con una unidad íntima se puede cooperar a una unidad colectiva, según ha definido Masaryk, el presidente abnegado de Checoslovaquia.

Checoslovaquia es, en sí misma, cosmogónica, y el estudio de sus problemas y de su vida le ponen a uno inmediatamente frente al Universo como en un rebote de espejo. Ya he dicho que en Checoslovaquia viven pueblos de distintas razas, de distintas culturas y de distintos idiomas, todos ellos presididos por la República checoslovaca, pero bajo su signo original. Las minorías disponen en Checoslovaquia de su destino. El 66 por 100 del pueblo es checoslovaco; el 34 pertenece a minorías de otras nacionalidades: tres millones de alemanes, 750.000 magiarses, 500.000 rutenos, 200.000 judíos y 75.000 polacos. Las minorías emplean sus idiomas propios y disponen de intérpretes en todos los centros de administración oficial. La enseñanza es dada en el idioma propio, y el



El profesor de Sociología, Masaryk, en el jardín de la casa checoslovaca, en el jardín de

enseñanza, la enseñanza técnica, etc. Recientemente, con motivo del 80 cumpleaños de Masaryk, fueron a Praga a felicitarle representaciones de todas las escuelas de Checoslovaquia, y el presidente les pronunció a los niños un discurso en todos los idiomas que se hablan en el país, exhortándoles a conservar su lengua y a aprender la de los vecinos. Así es como Checoslovaquia se levanta de la opresión a que se la tuvo reducida, sin que las sombras del remordimiento la oscurezcan. Así es como un pueblo fructifica sus esencias y cultiva su armonía.

Los partidos políticos viven también en Checoslovaquia de una conciencia universalista, dentro de la órbita de su República. El partido más fuerte es el comunista (un millón de votos en las últimas elecciones); le siguen el democrata y el socialista. A pesar de la preeminencia del movimiento obrero,



# QUIA

# CARTA DE BERLIN

ANDEZ ARMESTO

una auténtica revolución social no se ha realizado todavía, debido al fratricidio entre el socialismo y el comunismo; pero, de todos modos, las consecuciones del trabajo en Checoeslovaquia son gigantescas, en muchos aspectos superiores a las de Alemania como en los de la tierra—sólo comparables, aunque tienen un signo distinto, a las de Rusia—. El problema de la tierra era el gran problema de Checoeslovaquia, asfixiada en su alma por los latifundios. El 40 por 100 de la población de Checoeslovaquia se dedica a la agricultura. La tierra no pertenecía más que en un 6 por 100 a los que la trabajaban; el 94 por 100 estaba en manos de los latifundistas. Había distritos completos donde el agricul-

tárcas eran de tierras de labor, entre miles de labriegos sin propiedades ningunas. Otra forma del reparto de tierra ha consistido en la colonización de regiones improductivas, en las cuales se otorgan nuevas propiedades de entre 12 hasta 30 hectáreas en terreno llano y productivo. El Comité de reforma social agraria apoya económicamente a los colonizadores y les construye casas; hasta ahora se han construido ya 1.700 viviendas para los colonizadores y se les ha facilitado un empréstito, a larguísimo plazo, de 109 millones de coronas. La tercera forma del reparto de la tierra ha sido la llamada de «exceso», que consiste en repartir a labradores, que disponen de más posibilidades de trabajo que de tierra, la tierra de los que disponen de más tierra que capacidad de trabajo.

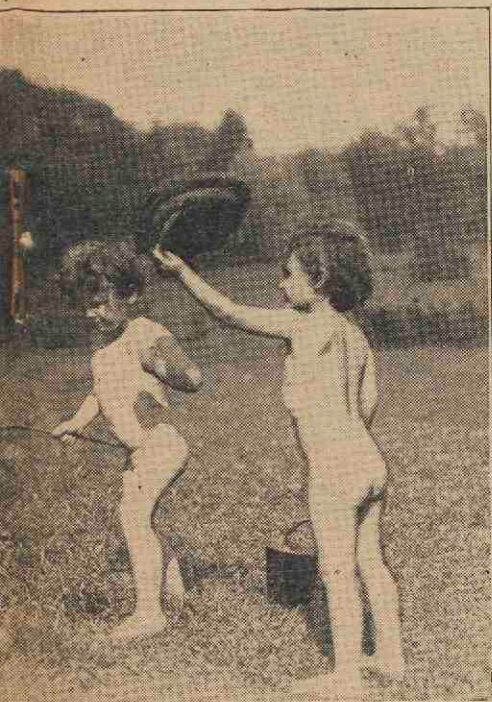
Los nuevos propietarios de los terrenos repartidos están obligados a labrarlos por sí mismos y les está prohibido, sin autorización del Comité, cambiarlos, venderlos o dividirlos. La tierra se considera, en la ley, un instrumento de trabajo, y no podrá ser embargada, ni confiscada, ni responder de deudas, sean de la clase que quieran.

La «ley social agraria» atajó, y en cierto modo desbancó, la marcha de Checoeslovaquia hacia el comunismo. La gran burguesía latifundista de España, a quien desvelan tanto los peligros de una dictadura proletaria comunista «porque significa un régimen de opresión contra la libertad de conciencia» —según su muletilla—, tienen una buena

lección en Checoeslovaquia: si quieren alejar para siempre de España la amenaza del comunismo, que entreguen a un reparto justo y humanitario todos sus latifundios que asolan y esterilizan el alma de España. Es posible que la burguesía haga poco caso de esta lección que le ofrezco desenfadadamente. La «libertad de conciencia» burguesa consiste en disfrutar libre y alegremente de su privilegio; por eso no se resentía ante Primo, sino que se sentía halagada por él.

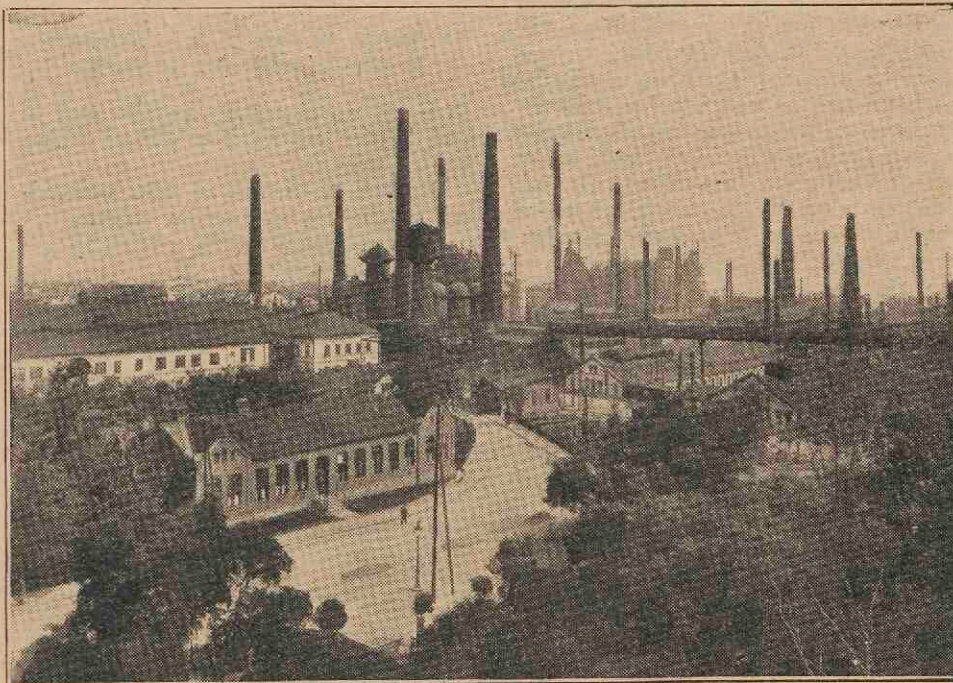
El obrero de la ciudad y el trabajador de la fábrica, que representan otro 40 por 100 de la población, no han logrado un progreso tan avanzado como el de sus hermanos los labradores. La producción sigue siendo en su inmensidad explotada por el capital privado; las industrias socializadas y en manos del trabajador son muy escasas. En manos de los Municipios se ha socializado una parte considerable de la industria pesada. Las organizaciones de seguros contra accidentes, paro forzoso, retiro, etc., son modelo para todo el mundo. Es decir: la dignificación del trabajo se ha realizado; pero le falta al trabajador conquistar ese último reducto de los beneficios sociales, que consiste en que los instrumentos del trabajo y su producto le pertenezcan íntegramente. Al frente de la lucha por esta consecución está el partido comunista.

Pero las luchas en Checoeslovaquia se desenvuelven en un terreno abonado y comprensivo. Lucha de ideales claros y puros. Checoeslovaquia es un pueblo que se ha hecho en el sufrimiento, a quien se le privó de todo y que hoy sabe muy bien lo que significa amordazar la vida



legido presidente perpetuo de la República de su casa con dos de sus nietos

tor no era sino un jornalero. Una de las primeras acciones a que se entregó la República ha sido la de la destrucción de los latifundios. Se nombró el «Comité de la reforma social de la tierra» bajo el signo «la tierra debe pertenecer al que la trabaja». Inmediatamente se dió una ley encaminada al reparto de la tierra. Ya en 1920-22, cuando todavía no estaba concluida la «ley agraria», que ha transformado completamente la propiedad, fueron repartidas, para calmar la impaciencia de los labriegos, entre 128.000 familias, 100.000 hectáreas de terreno —de un valor de 180 millones de coronas—, obtenidas por la expropiación de latifundios; más tarde, dos latifundios de casi 140.000 hectáreas fueron divididos entre casi 200.000 familias, así como solares, terreno para jardines, etcétera. Después de la ley de reforma agraria fueron repartidas 1.117.000 hectáreas de terreno, del cual 750.000 hec-



EISENWERKE.—Una fábrica de fundición en Moravia

lección en Checoeslovaquia: si quieren alejar para siempre de España la amenaza del comunismo, que entreguen a un reparto justo y humanitario todos sus latifundios que asolan y esterilizan

Gran pueblo este de los checos, lleno de enseñanzas para la España actual; gran pueblo, con su vida hace unos años reducida al vegetar y hoy palpitante de universalidad y de humanidad.



# ¡Pasan las rojas banderas! CARTA DE ESTOCOLMO

por ERNESTO M. DETHOREY

Si la Meteorología es propicia a la Fiesta del Primero de Mayo, recobra ésta entonces todo su «color». Su sentido «rojo» se acusa doblemente. En la tibieza del día primaveral es la fiesta como una «llama viva». Tremola como un «gallardete» de vivo color. Quizá buena parte de lo que tiene de subversivo el día primero de mayo esté en relación con el tiempo que haga. Hay años en que ese día gallardo, de gallardías y de gallardetes, no puede incubir ningún germen revolucionario. Por ejemplo, los años que en ese día llueve. Bajo una lluvia pertinaz se aguan todas las ideas subversivas. Este primero de mayo ha hecho sol. ¡Qué alegría en la ciudad! ¡Vamos a presenciar la manifestación obrera, el desfile del proletariado sueco! Algunos pasan con la cabeza descubierta. El sol, ese calorillo que se nota en el ambiente, ¿llegará a caldear las cabezas, haciendo germinar en ellas la idea de la revolución social? ¡No hay peligro! Además, se nos ocurre pensar: ¿sería ventajosa para esos obreros que desfilan la revolución social? ¿No han obtenido ya casi todas las ventajas que, como clase, pueden obtenerse? Esto último, aparentemente. Pero no nos fiemos mucho de las apariencias.

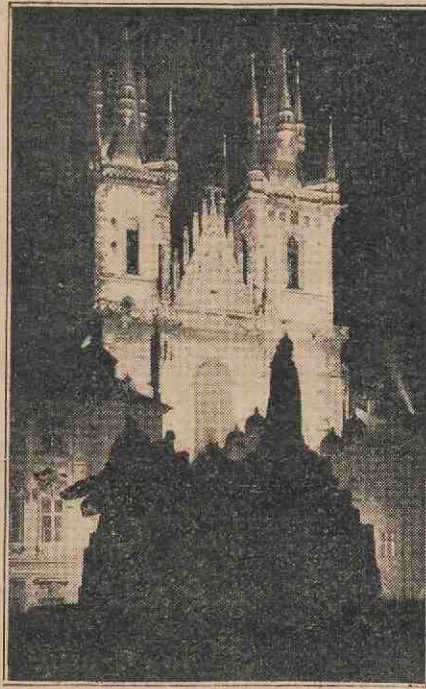
Bajan los manifestantes por la Kungsgatan. Pasan bajo el arco del puente de la Regeringsgatan, en donde se agolpa la muchedumbre para verlos pasar. A lo largo de las calles, en toda la extensión del trayecto, también se apiña el público, el pueblo, que se asocia de este modo a la Fiesta de las Organizaciones Obreras. Cada Asociación, cada Sindicato, va precedido de una charanga. Luego vienen las banderas, los estandartes, y en seguida los afiliados. ¡Ondean al aire las rojas banderas, se verguen los rojos estandartes! «¡Paso, paso a las Sociedades obreras!», parecen decir. Y desfilan los obreros en columna de a cuatro. Organización. Orden perfecto. Como en todas las cosas de Suecia. Bien vestidos todos. Con su gabardina, que algunos llevan al brazo. Con su fieltro o su bombín. Destacados, algunos. Pasan grupos cantando. Y entre ellos, mujeres. Todas con sombrero. En algunos grupos, el elemento femenino es predominante.

Contemplando este desfile, nuestro acompañante tiene un gesto despectivo. Socialistas burgueses dice que son todos los que pasan.

—Mirad qué bien vestidos, mirad qué orden—nos hace notar—. Burgueses, burgueses—repite.

—No, no; burgueses, no—le contestamos—. Son obreros, nada más que obreros. La explicación de lo bien vestidos que van la debes hallar en el nivel elevado de la vida sueca. En este *high standard* que aquí impera en todo. En un país de economía estable todo se estabiliza en relación. Además, estos vestidos, este orden, que a ti te disgusta tanto, no se lo han dado gratis. Se lo han ganado. Se lo han procurado la organización, el asociarse, la unión de todos para alcanzar las prerrogativas a que tiene

derecho todo ser humano que produzca, que no sea un parásito. A nosotros nos admira lo que a ti te disgusta. Porque, dínos, ¿a qué menos puede aspirar una persona que trabaja que a ganar lo suficiente para vivir con higiene, alimentarse, vestir con decencia, verse amparada en sus derechos y en libertad de asociarse para su salvaguardia? Y todos estos que desfilan, tenlo por seguro, han logrado estas legítimas aspiraciones gracias a su organización perfecta.



La iglesia de Juan Hus, el reformista checo, iluminada de noche

Nuestro acompañante parece que ha quedado convencido; pero aún se le ocurre una objeción:

—Entonces—dice—, si han obtenido todo lo que les es posible obtener, ¿a qué viene el manifestarse cada año, pedir más cada año?

—Pues, sencillamente—le contestamos—, porque es un signo de vida y de progreso el aspirar siempre a más. ¡Desgraciado el que no tiene cada vez mayores aspiraciones! Y si el contentamiento o la desgana pueden entrar en el cuerpo del individuo, haciéndole recrearse en un estancamiento letal, sea por la causa que fuere, este criterio no puede prevalecer para la colectividad. Un individuo puede suicidarse; pero una colectividad, no. Las colectividades, una vez echadas a andar, deben seguir su camino. Adelante, adelante. Una organización obrera no debe contentarse nunca con obtener una ventaja, mejor dicho, con la ventaja que se haya obtenido, sino poner todo el empeño para conseguir la ventaja no obtenida, cuanto más utópica, mejor.

¡Ondean al aire las rojas banderas! En algunos grupos, detrás de las banderas, grandes cartelones. Uno: «¡Abajo el militarismo!» (Hemos de advertir que de las tres naciones escandinavas

Suecia es la que tiene una tradición militarista más arraigada.) Otro: «¡Guerra contra el castigo corporal en las cárceles!» (¿De qué trasunto medieval nos habla este cartel? ¿Es posible que en la progresiva Suecia esté todavía en vigor este inhumano anacronismo?) Otros cartelones piden reducciones de impuestos, critican la política económica. En algunos aparecen dibujos alusivos, caricaturas. (El año pasado pasearon una caricatura del rey, y no pasó nada. Para estas cosas no hay censura en Su ci.) El desfile dura más de dos horas. Sigue por la Sturegatan y el Valhallavägen, hasta el Ladugårdsgärdet, un campo, un gran espacio libre de edificaciones todavía, en donde se concentran los manifestantes y tienen lugar los discursos.

En el Ladugårdsgärdet se dividen por partidos. Los socialdemócratas se agrupan para escuchar los discursos de sus líderes. Los comunistas, igual. Pero con la diferencia este año de que los comunistas están divididos en dos grupos. El grupo Kilbom y el grupo Sillén. Para explicar esta división tendríamos que escribir una crónica aparte, cosa que nos abstendremos de hacer, al menos por hoy. Haremos constar solamente que una de las causas de esta escisión puede atribuirse a la Meteorología. No es broma. El primero de mayo del año pasado llovió, y la mayoría comunista acordó no manifestarse aquel día, aplazando la fecha hasta el 5 de mayo. La minoría no estuvo conforme con esta decisión, y aquí surgió el primer tropiezo. Después vinieron otros, quizá más graves; pero que, como decimos, ahora no vienen al caso. Los comunistas son la sal y la pimienta en esta Fiesta del Primero de Mayo. Corren de su cuenta siempre los discursos más violentos. Y asocian a la manifestación un elemento nuevo: los niños, los «pioneers». Sin comentario, nos permitimos transcribir unas palabras de uno de los oradores comunistas, que procede de las filas socialdemócratas. Dice: «Cuando yo empecé a hablar en este acto (hace cuarenta años que cada primero de mayo dirige este orador la palabra a los obreros), yo era entonces socialdemócrata. Pero los socialdemócratas, en aquel tiempo, eran diferentes; eran más revolucionarios. Ahora, cuando no van de cabeza por el rey, van de cabeza por el príncipe heredero...»

¡Magnífico día primero de mayo este año! Han tremolado al aire los rojos estandartes de las Sociedades obreras. Muy conveniente es que se oreen, por lo menos, una vez al año. Las banderas, los estandartes rojos, también contribuyen a dar sentido a la tonalidad «roja» del día. Es necesario que ese sentido «rojo» de la primera fiesta de mayo se mantenga siempre vivo, candente. El Primero de Mayo es uno de los lazos de unión del proletariado universal, y nunca debe desatarse. Única manera de que el progreso impelido por el movimiento de las masas obreras del Mundo no pierda su sentido redentorista.

Estocolmo, mayo 1930.



PROBLEMA DE CATALUÑA

# EL PUEBLO CONTRA LA LLIGA

por LUIS CAPDEVILA

Desde Madrid, desde otras ciudades de España—pero, sobre todo, desde Madrid—, el problema político catalán se presenta como un problema en el que interviene eficazmente el pueblo. Política apasionada y enconada de grandes masas, de muchedumbres prestas a la rebeldía. Barcelona se aparece a muchos ojos españoles como una ciudad erizada de chimeneas, poblada por obreros lívi-

da y bien comida. Siendo pobre y caldando alpagatas no se puede pertenecer a la Lliga. Así se comprende que el santón de ese partido sea un hombre como Cambó, del que me han contado que tiene rigurosamente prohibido a sus familiares y empleados le pidan recomendaciones para obreros sin trabajo.

La Lliga, alejando de su lado al pueblo, le ha restado grandes fuerzas al catalanismo. Y es que, en el fondo, a la Lliga, más que Cataluña, le interesa el Poder. Cosa que se deduce claramente de los manejos y andanzas poco hábiles de Cambó, político de empresas bancarias y Mecenas de la clase media.

Ha hecho más catalanistas la difunta dictadura—¿difunta?—que la Lliga. Los catalanistas de la Lliga creo yo que le serán poco útiles a Cataluña. El de la Lliga es un catalanismo de curas y fabricantes o de aficionados a cura y a fabricante; un catalanismo de respeto servil al dinero; de orden, tranquilidad, buenos alimentos y Somatén; un catalanismo de banderita, segadors y visitas a la estatua de Casanova; de sardana, *aplec*, *pomells de Joventut*, *Lúises*, *sotana* y *ou com fabla*. Pero es también el catalanismo que deja vacías las salas del teatro catalán; que no lee libros catalanes; que al pueblo le llama gentuza; que no acude a los beneficios propios catalanes, porque una cosa es el patriotismo y otra la calderilla; que deja en el más inhumano, en el más feo desamparo, a los desterrados políticos.

Seríame doloroso el que alguien pretendiera ver en mí el sembrador de cizañas y discordias. No, no; no soy un derrotista, ni un amargado ni un aguafiestas. Ni soy—ni que decir tiene—

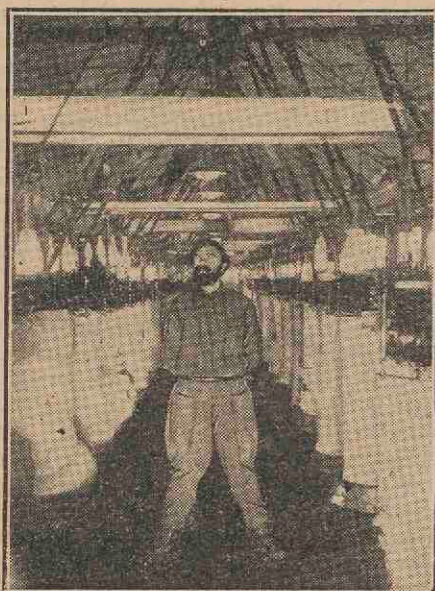
un enemigo de Cataluña. Ser enemigo de un pueblo me parece imbécil. Se puede ser—y se debe ser—enemigo de ideas, pero no de pueblos.

Sencillamente, créome en el deber ineludible de decir la verdad, mi verdad, que tal vez no sea la de otros. Pero que es mía, y por mía me parece buena.

Decía antes que la dictadura había hecho más catalanistas que la Lliga. Y así ha sido, en efecto. La dictadura ha interesado al pueblo en el problema del catalanismo, y al interesarle ha dado, ha inyectado, vitalidad al problema. El catalanismo de la Lliga era antes de la dictadura un caso perdido. Se moría de anemia, el pueblo lo veía con indiferencia, se sostenía gracias a un frágil andamio de tópicos y lugares comunes. La dictadura, con su política de incompreensión y mentecatez, persiguiendo la música, la literatura y la dramática catalanas; desterrando a políticos y profesores; llenando el país de agentes provocadores; convirtiendo a España en un escenario de carnavalada, interesó al pueblo en el problema de Cataluña. Por odio a la dictadura, el obrero fué catalanista. Por amor a la Lliga, no lo hubiera sido nunca.

Hay actualmente en Cataluña un marcado movimiento de izquierdas que la Lliga ve con hondo dolor y grande amargura. Es preciso acentuar ese movimiento, darle mayor impulso. Es preciso quitarle al catalanismo ese hedor a cura y a fabricante. Es preciso darle una mayor vitalidad. Es preciso que sea el pueblo, y no los Jordiets y los Nuris, los que intervengan en la vida espiritual de Cataluña.

Barcelona, mayo 1930



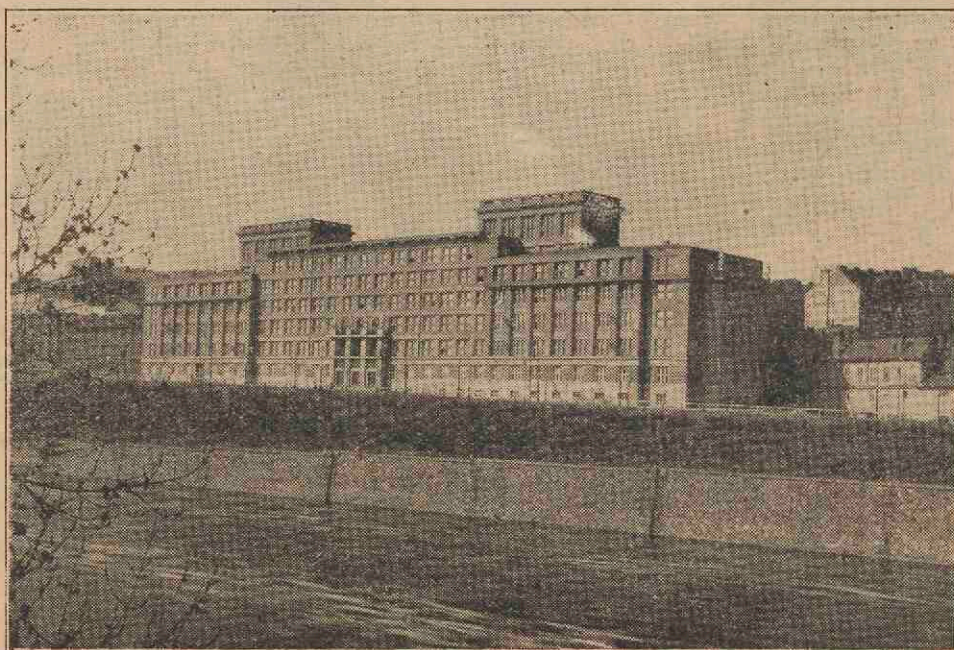
Escena culminante del film de la Sovkino, "El hombre que perdió la memoria"

dos e insatisfechos, que cantan *La Marsellesa* y *La Internacional*, asesinan patronos y arrojan bombas en la vía pública. Únicamente así se comprende la actitud de la Policía en Barcelona, actitud que no guarda en las demás regiones.

Sin embargo, nada más falso, nada más absurdo que esa visión de melodrama.

El catalanismo ha sido hasta hoy esencialmente burgués, como creado y alimentado por la burguesía. No ha habido otro catalanismo fuerte y seguro que el de la Lliga. Y el catalanismo de la Lliga—repetámoslo, dolorosamente—, ha sido y es burgués por esencia y potencia. Burguesas también en el fondo, y a pesar de su radicalismo, las explosiones de *La Tralla* y de *El Poble Catalá*. Burguesas hoy *La Man*, tan burguesa como *La Veu de Catalunya*, como *La Publicidad*, que huelen a cura y a fabricante.

En la reciente visita de los intelectuales castellanos a Barcelona, dijo Victoriano García Martí: «Lo más fuerte que posee Barcelona es el pueblo, con un alto grado de sensibilidad.» Pues bien: la Lliga, propulsora del catalanismo, no hizo nada por atraerse el pueblo; al contrario, lo alejó de sí con un desdén inexplicable, tuvo hacia él un gesto hostil y repelente. La Lliga era y es un partido—o una partida—de gente bien ves-



El edificio del "Comité de reparto social de la tierra" en Praga



# LA VERDADERA LIBERTAD

por MAXIMIANO G. VENERO

Seis años de insurgencia civil, coaccionada por múltiples violaciones de los pequeños derechos que concede a la ciudadanía una constitución burguesa y clerical, ferozmente reaccionaria, son un buen prólogo para ensanchar el área de la rebeldía. Me refiero a la insurgencia juvenil, caracterizada por grandes dignidades. Es decir, a esos sublevados jóvenes y amigos de la libertad que dan el tono a la España de ahora. Nos será permitido expresar preferencia, en nuestras dedicaciones por la juventud. La única proa que se enfila rectamente, en esta época, a los ideales reivindicadores, es la de la mocedad. En la rehabilitación de nuestras dignidades cívicas, la generación recién advenida a las contiendas sociales y políticas tiene calidad y arrogancia de fuerza de choque.

Cultivemos estas figuras de traza bélica. El tiempo presente es de belicosidad acentuada, después del paréntesis de cátedra, de murmullo, de conspiración, que ha durado seis años. Llega—todavía está por venir—el tiempo en que se podrá actuar, usando de esos pequeños derechos, de una constitución que confiere libertades mínimas. Pero las tribunas, los periódicos y los libros podrán darnos libertades que ha estatuido—extralegalmente—una decidida y robusta actuación civil. En seis años se han ganado muchas batallas por la libertad, aunque la burguesía no advirtiera los resultados inmediatos.

Se ha ejercido una fuerza, de abaj arriba y de arriba abajo, en las entrañas de la vieja España. Es menester continuar la acción. En otro tono. Perfilando las actuaciones. Sazonando de popularidad las empresas políticas. Pros-

cribiendo la acción reducida. En alta voz. Con calidades de mitin. Fijando pasquines.

\* \* \*

Hay que fijar muchos pasquines en los muros de España. Esa misión incumbe a la juventud. La generación moza, que está incorporada a la causa de la libertad, no debe desdeñar estos viejos procedimientos de actuación política. Son viejos y eternos. No puede ensayarse, dignamente, una actitud de menosprecio por el mitin y la hoja hebdomadaria y el pasquín y el folleto. Estos elementos de combate han cimentado, por ejemplo, el formidable edificio de las internacionales proletarias y de los partidos justicieros.

Ha sido muy estimable e interesante la obra de cátedra, de insurgencia—muchas veces silenciosa—de la juventud española. Luchaban cuando podían y como las circunstancias aconsejaban. Un régimen de silencio y de persecución sólo es posible burlarlo con organizaciones nihilistas. Poniendo doble mordaza a las voces que desean gritar. Aquietando los impulsos instintivos de las dignidades heridas. Sacrificando, en una palabra, la acción a la prudencia y a la coyuntura oportuna.

Los jóvenes observarán que las circunstancias de lucha van modificándose—lentamente—y que el pueblo reconquista sus libertades mínimas. No hace falta consignar el esfuerzo y el dolor que supone esa recaptación de derechos que estuvieron perdidos.

Pero si es interesante recordar que España—y el Mundo—no pueden someterse a una libertad burguesa. Que la libertad constitucional debe tener tales años,

diduras, en el futuro, que sean imposibles las violaciones y las reducciones de derechos.

Esa ampliación hay que conquistarla. Cuando el derecho no viene a nosotros, es menester ir en su busca y conquista.

\* \* \*

No ofrece dificultades, para los jóvenes, su actuación polémica. Una vez incorporados a una asociación, a un grupo afín, la organización de actos públicos, la publicación de hojas hebdomadarias, el lanzar folletos, todo esto, que es el pronuntuario de las entidades políticas, resulta empresa fácilmente hacendera.

Importa, eso sí, que la faena sea bien enfilada. La juventud de las urbes debe desparramarse, por ejemplo, hacia los núcleos rurales. En el campo español es donde se precisa realizar una obra de instrucción política. El estudiante o el escritor o el proletario de la ciudad que, una tarde de domingo, pronuncian, ante un auditorio de cuatro o cinco o veinte docenas de campesinos, palabras de enseñanza y de estímulo, cumplen mejor su misión, al servicio de la justicia, que el conferenciante que va a disertar ante un público de convencidos. El amigo de la libertad, que habla ante un auditorio rural, realiza una admirable siembra de inquietud. Si el título no estuviera—por sucesivas corrupciones—tan desacreditado, sería cosa de formar una liga de sembradores de ideas.

Otro motivo de actuación para los jóvenes desligados del trabajo manual debe ser la frecuencia de los jóvenes proletarios. En los arrabales de todas las ciudades españolas hay muchas vidas jóvenes a las que falta la noción—todavía—de sus deberes y de sus derechos civiles. Por desgracia, los sindicatos españoles, con excepciones muy estimables, se ocupan escasamente de la función docente que les está encomendada. La formación intelectual del proletariado se debe a un esfuerzo de autodidactas.

Los proletarios jóvenes acogerán con los brazos abiertos a esta juventud que rehabilita a España. Se crearán vínculos entrañables de solidaridad. El mitin, el semanario y el pasquín son vehículos adecuados para esa fraternidad de ideales.

He aquí unas fórmulas, apenas esbozadas, de actuación juvenil. Mediten los republicanos y los marxistas jóvenes—las dos fuerzas políticas mozas de España—acerca de su pertinencia. Es elemental, en política, vivir prevenido. La previsión ahora es formar el frente izquierdista. El bloque de las voluntades y de las mentes. Y la juventud de las urbes puede ser arrollada, acaso, por el impulso reaccionario de la juventud rural, de la multitud campesina que hasta ahora ha permanecido en soledad, sometida a las maniobras del enemigo. De un formidable enemigo—formidable por arraigo y disponibilidades económicas y coercitivas—que se llama burguesía y clericalismo.



Los bomberos, las autoridades y algunos presidiarios auxiliando a los reclusos extraídos de entre las llamas en el incendio de la cárcel de Ohio (Estados Unidos)

Toda la correspondencia de  
NUEVA ESPAÑA dirijase  
al Apartado de Correos 8.046



# EL MARXISMO Y LA GUERRA

por M. GARCIA PELAYO

El tema que sirve de título al presente ensayo es preciso considerarlo en dos direcciones: una, la consideración del fenómeno de la guerra en sí, en su nacimiento; otra, de cómo las mentes marxistas reaccionan ante este fenómeno y de cómo nacen sus normas para la acción.

De las diversas partes que abarca el marxismo como filosofía social nos interesan dos de ellas, para el conocimiento de nuestro objetivo: su interpretación de la historia; y su teoría del desarrollo social, hija y complemento de aquélla.

## 1) Concepto de la guerra.

Es de todos sabido que el marxismo explica los procesos y fenómenos sociales por medio de la economía. La producción y el cambio de lo producido son las raíces de donde brota todo cuanto acontece en la sociedad. Y así, al tratar de la guerra, nos la presentan siempre como nacida de un móvil económico, cuyas maneras de manifestarse dependen del grado de desarrollo de la sociedad.

Con arreglo a este criterio, Plejanov nos dice que las guerras entre pueblos primitivos, o que hoy viven al margen de la civilización, tienen como causa el robo de ganados o la captura de hombres con que alimentarse, acontecimientos éstos, que por las condiciones de atraso de la tribu, le son necesarios y constituyen la base de su economía.

Y así como para el marxismo la Revolución francesa fué determinada por las especiales condiciones de las fuerzas productivas, y llevada a cabo por y en provecho de la burguesía, de la misma manera pueden interpretarse las guerras que durante el pasado siglo nacieron al calor de los principios de la susomentada revolución: las guerras de liberación y unidad nacional.

Ya en nuestra época, aparece una nueva fase, la última, del desarrollo del capitalismo, y bautizada con el nombre de imperialismo económico.

Difieren los marxistas, en cuanto a la interpretación de las causas de este fenómeno—por ejemplo: Lenin y Kautsky—; pero todos están conformes en presentarlo como necesario e inherente a la organización económica capitalista.

Esta, en su desarrollo, llega a un momento en que se plantea el conflicto entre las fuerzas productivas de un Estado y la estrechez de sus límites nacionales. Este conflicto se manifiesta en tres direcciones: necesidad de nuevos mercados, de materias primas, y de nuevos campos donde exportar capital, en forma de financiación de empresas. En resumen, la necesidad de nuevos horizontes adonde extender su actividad capitalista.

Mas como esta necesidad es sentida por los varios países que van a la cabeza de la civilización, luchan entre sí por dichos campos, y sobreviene la guerra. Esta es la idea que manifiestan los acuerdos sobre el problema que nos ocupa, de los congresos de las tres internacionales, entre ellos, el más importante y el que mejor enfoca el problema, es el

Manifiesto aprobado en Stuttgart en 1907.

«... Las guerras entre Estados capitalistas son, por lo general, consecuencia de la actividad que, como concurrentes, despliegan en los mercados del mundo, puesto que cada uno de ellos, no sólo tiende a asegurarse una clientela, sino a adquirir nuevos campos de expansión, valiéndose, sobre todo, de la dominación de pueblos extranjeros y de la ocupación de territorios.»

«Estas guerras son resultado de la incesante concurrencia provocada por los armamentos del militarismo, que constituye uno de los instrumentos principales de la dominación burguesa y de la sujeción económica y política de las clases trabajadoras.»

«Las guerras son favorecidas, además, por los prejuicios nacionalistas, sistemáticamente cultivados en interés de las clases dominantes, para desviar a las masas proletarias de sus deberes de clase y de sus deberes de solidaridad internacional.»

Aunque en estos párrafos se señalan tres causas como determinantes de las guerras, fácilmente puede verse, por las palabras que subrayo, que las dos últimas son subordinadas e inherentes a la primera. Es decir, que, fieles a la interpretación materialista de la historia, los marxistas no reconocen a la guerra otra causa que la económica.

De acuerdo con esto, podemos definir la guerra en sentido marxista, y de manera general, diciendo que es una contienda entre determinados grupos sociales impuesta por sus necesidades económicas en diversos grados de su desarrollo.

En cuanto a la construcción del concepto de guerra en la época actual, es preciso tener en cuenta, además del estado de la organización económica capitalista, la opinión de Marx cuando en el *Manifiesto* dice que «los actuales Poderes políticos no son otra cosa que una delegación de la clase burguesa para administrar sus propios intereses»; y el dicho de Clausewitz: «la guerra es una continuación de la política con otros medios».

De acuerdo con estos principios, puede expresarse el concepto de la guerra en nuestra época diciendo que es: una contienda entre diversos grupos de la burguesía, ansiosa de nuevos campos, necesarios para extender su actividad capitalista y «prolongar, así, la política de pillaje, de opresión de los pueblos, de lucha contra el movimiento obrero».

Este es, en síntesis, el pensamiento de los marxistas que con alguna amplitud han tratado el problema (Kautsky, Lenin, Liebknech, Luxemburgo, Bujarin, Trotski, etc., y los acuerdos de las internacionales).

## 2) Guerras justas e injustas.

La teoría del materialismo histórico está elaborada mirando hacia un fin: la emancipación del proletariado, emancipación reputada como supremo ideal de

justicia. Los marxistas consideran bueno y justo cualquier medio que les acerque a dicho fin.

Y así como en el proceso de la sociedad hacia la implantación del socialismo, es un gran paso, y hasta necesaria, la revolución burguesa, con la implantación de la libertad y la república democrática. De la misma manera—en opinión de Lenin—, «mientras el feudalismo, el absolutismo y el yugo extranjero no estén destruidos por completo, el proletariado no podrá desarrollar su lucha por el socialismo».

Con arreglo a este criterio, los marxistas consideran justas todas las guerras en las que se den estos caracteres. Tales son en el sentir de Liebknech (W.) y de Lenin, los que predominan desde la Revolución francesa hasta la Comuna, y tales son, hoy día, las de las colonias contra la Metrópoli, las de Marruecos contra Francia y España, las de India contra Inglaterra, etc.

Naturalmente, son también legítimas las guerras civiles entre clases oprimidas y opresoras, contra el feudalismo, contra la burguesía.

En cambio, las actuales contiendas entre Estados capitalistas, las guerras imperialistas, son injustas, puesto que, como antes se ha dicho, tienden a prolongar la opresión de las clases trabajadoras.

Y no tiene valor para diagnosticar, en la concepción marxista, la justicia o injusticia de una guerra, la razón de quién es el beligerante que la declara o ataca primero; de lo dicho anteriormente se deduce que para el marxismo, la justicia o injusticia de la lucha armada tiene determinantes más hondas que sus rasgos externos.

## 3) Posición ante estos fenómenos.

Pacifismo es una posición de la conciencia contraria al fenómeno de la guerra; condena la guerra siempre, porque es una violencia. En cambio, el marxismo no condena la guerra en sí, sino que condena a una especie de ellas: las guerras imperialistas, y no a éstas como hecho aislado, sino porque forman parte, son elemento necesario del capitalismo, al cual es preciso combatir siempre, sin tregua, hasta la «destrucción violenta de todo el orden social tradicional».

Con arreglo a este criterio, los diversos congresos de las Internacionales han acordado las oportunas normas para combatir la lucha armada entre capitalistas. Estas normas han sido: desde la oposición en los Parlamentos a la insurrección, pasando por la huelga general; por no ponerlas en práctica llegado el momento oportuno, murió la II Internacional, y entre el proletariado surgió una división más.

El proletariado, además—según Lenin—, ha de saber aprovecharse de la desorientación que crean las guerras para asestar el golpe de gracia a la sociedad burguesa. Por esto cada guerra ha de ser examinada también desde el punto de vista de su necesidad histórica, hacia la implantación de la civilización socialista.

Quizá sea una nueva guerra mundial la que, derrumbando los cimientos del régimen capitalista, edifique esa nueva sociedad a la que aspiran millones de desheredados.



# Cinéma

por JOSE DE LA FUENTE

## Una película rusoalemana

Solamente conocíamos una película en la que los elementos rusos y los alemanes trabajasen juntos, *Wolga-Wolga*; pero era ya lo suficiente para que entrásemos en curiosidad de conocer una segunda. El éxito, justificado, que obtuvo esa producción al ser presentada en Madrid, hacía creer que alguna Casa alquiladora, juzgándolo negocio, se apresurara a proyectar nuevas películas de este tipo. Ha sido la Renacimiento Films, la presentadora de *El pueblo del pecado* y de *El hundimiento de la Casa Usher*, la que se ha preocupado de adquirir una producción recién filmada en Alemania por la Hisa-Film, titulada *Troika*, la cual se desarrolla por entero en la Rusia de antes de 1914, interpretada por artistas rusos y dirigida por un director ruso.

La hemos podido ver en prueba privada. Una prueba privada que casi no tenía nada de privativo. En el cinema San Carlos y con un público—privado—que ocupaba más de la mitad de las localidades. Mejor. A esta película la espera un gran éxito el día de su estreno, y hasta ese día, que creemos será a principios de la próxima temporada, tendrá como propagandistas sinceros y económicos a todos y cada uno de los que tuvieron la suerte de poder asistir a esta proyección, no pública.

Fue dirigida por Wladimir Strijewski, con una limpieza y una seguridad que muy bien lo pueden colocar, si no el primero, por lo menos en los más elevados escalones, cerca de la cumbre, de la dirección artística. El mareo de una persona, que casi siempre fue realizado por medio de bamboleos de cámara, aquí lo ha sido por la persecución perfecta de la figura central y de la habitación, con todos sus personajes, en redondo y a la altura media del cuerpo, no desde el te-

cho, y por una serie de *flash*, tan estratégicamente colocados, que al final de una serie de ellos (primeros planos de manos, acordeones, sonrisas, ojos, pies, luces, etc.) el público, entusiasmado, aplaudió.

El que dirigió esta escena no puede haberse enterado de esta ovación, por eso mismo hay que creer en la sinceridad de los aplausos, que tienen tanto más interés y tanta más fuerza si se tiene en cuenta que los empresarios, críticos, alquiladores, realizadores y artistas, componían la mayoría del público.

La fotografía—fotografía de nieve, de patios, de tabernas de pesada atmósfera, de cabarets, de estepas y de tempestades—es perfecta, a pesar de la dificultad de retratar abundancias de blanco, dificultad que podría traducirse en insulsez en la proyección. Las luces, como todas las producciones europeas, sin esa franqueza de las americanas, pero más apropiadas al momento.

La interpretación, tampoco tiene falta alguna. Ella es Olga Tchékowa, la estrella del Moulin Rouge; la producción, de E. A. Dupont. Aquí se ha superado. La escena del baile en el cabaret, aunque ayudada por unos perfectos movimientos de cámara y por los *flash* a que hemos hecho mención, la hubiera consagrado como una gran artista. Desempeña admirablemente el papel de cortesana sensual, sin delicadeza, sin espíritu, toda carne; es la «hembra» que goza de verse halagada por unos hombres más o menos viejos, más o menos elegantes, y se entrega a ellos para asegurar su posición económica; pero cuando se encuentra en su camino al «macho», lo convence, lo conquista y, después—no se enamora, no se traiciona a sí misma, no se juega su libertad económica—lo abandona en donde lo tomó, en este caso en el pescante de una *troika*.

Greta Garbo o Brigitte Helm se habrían enamorado de este hombre que sólo usaron un momento, para su placer, con todas sus consecuencias funestas, de



HANS SCHLETTOW

las cuales no sería la menor la pérdida del lujo que mantenían a costa de los otros hombres, los comparsas de su cortejo.

Esta es *Ella*: la mala. La buena, Hélène Steels, es la mujer del cochero de la *troika*. Sufre; pero, entera, se rebela, se enfrenta con el hombre, cuando, después de seis años de felicidad, tiene la sospecha, casi la certidumbre, de que él no se guarda sólo para ella, como ella hace con respecto a él. Será hija de algún otro cochero de *troika*, y desea todo él o nada. Y cuando se muere el niño y él no tiene para ella suficiente atracción para retenerla a su lado, se encierra en el claustro.

El es Hans Schlettow. Es profundamente humano, con todos los defectos de serlo. No tiene nada de héroe, y si alguna vez riñe, haciendo cuestión personal las injurias a un mendigo, es porque su exceso de humanidad lo lleva a no saber resistir ni aun a los buenos infinitos. Cae sin resistirse, deseando caer, y cuando nota que su mujer está enterada de su caída, se enfurece con todo su cuerpo y la deja para buscar a la causa de esta barrera que le separa de ella. Después, humillado, conoce la muerte del hijo, rumia y se regodea con la venganza y la realiza.

Es la Rusia de anteguerra, con todas sus pasiones, su incultura, guiándose del instinto, no de la razón.

Hemos de hacer resaltar la labor del actor que interpreta el papel de mendigo, y cuyo nombre no sabemos. A su cargo corre la realización de la escena más emotiva del film: la del niño muerto en la cuna. El mendigo canta una canción entrecortada por sollozos, que, por sí sola, constituiría toda la justificación de la sonoridad en el film.

Este no es hablado. Pero las canciones, los bailes, las risas, los ruidos y los gritos están tan bien trasladados y sincronizados que no sólo ayudan a la emotividad de la película, sino que—a pesar de sus perfecciones como película muda—son el cincuenta por ciento de la belleza del film.

En el conjunto habrá pocas que se le puedan equiparar. Además, es la primera película sonora que podamos considerar como tal, y que, para nosotros,



Una escena del film ruso "La aldea del pecado"



# COMIENZO DEL PACTO

## IN MEMORIAM

por ANTONIO DE OBREGON

Estudiantes y obreros, trabajadores intelectuales y manuales, se han dado un abrazo, el primer abrazo eficaz, ante la fosa abierta del compañero muerto en la calle. Por primera vez, con toda realidad, el obrero y el estudiante se han dado la mano ante el hecho del drama. Han sentido juntos la emoción y la responsabilidad, se han acercado, unos y otros, en una colaboración que es un pacto.

La tarde del pacto se vistió de ese inevitable color de los días en que el Drama Social sube al tablado y se mueve, más o menos inesperadamente para todos, obligado a finalizar la representación que provocó—espontáneamente—el hecho de represión acaecido. Y los Dramas Sociales tienen un escenario bien siniestro. Sus vibraciones nos sacuden como descargas eléctricas; su emoción, de tragedia secreta, nos convierte de espectadores en responsables y de responsables en reivindicadores, conforme a nuestra ética humana y cálida.

Precisamente, cuando teníamos doce —y menos— años, cuando los protagonistas de los libros de la guerra se asomaban a la lucha internacional, nosotros asomábamos a la lucha social. Nuestras cabezas de niños burgueses contemplaron esa función, entonces tantas veces representada, del Drama de la calle, y nuestros ojos—entonces despavoridos—vieron la agitación del agua en los estanques. Todos—yo por lo menos—lleábamos una pregunta dentro cuya contestación era la acción de los mayores, y la acción llegaba a nosotros, a nuestros oídos de niños burgueses, agigantada por el silencio, desproporcionada ante el forzoso secreto. Las antenas de nuestro sistema nervioso recogieron en esa edad —y mucho antes que en esa edad— las ondas del Drama Social, que se desdoblaba a nuestra sensibilidad en diversas formas de misterio, de castigo y de persecuciones. Entonces las cosas eran más grandes porque nosotros éramos más pequeños. La sombra de nuestras cabezas, proyectada sobre las paredes, era desmesurada y gigante. Y el Drama Social era como mil veces la sombra de nuestras cabezas: monstruoso por inexplicable.

Hoy nos lo explicamos perfectamente. Conocemos su análisis y su síntesis. Sabemos de su «por qué», de su «cómo» y de su «cuándo» y conocemos sus secretos y su mecanismo, porque obedece

marca el camino, el único camino, que puede seguir el cine sonoro para triunfar.

Por último, esta obra tiene dos finales. Uno, el normal, que termina con la venganza del hombre, venganza que le cuesta la vida. Otro, el optimista, concesión hecha al público, en el cual los caballos le arrastran, evitando su muerte, para dar lugar a la reconciliación con su mujer. Preferimos el primero. Es el lógico, el humano.

a una mecánica de no muy sencilla urdimbre interna. Hoy sabemos perfectamente sus albergues, sus domicilios de causas, y, cuando le vemos gesticular en la calle, el respeto nos azota de interés y el interés de responsabilidad. (Se acerca la hora de las batallas.)

El Drama Social, esta vez en su salida a la agitación—esa agitación que llevaba en sí una desproporción física entre los bandos tan grande como la moral—, produce un hombre muerto. Es el obrero anónimo, el sin trabajo, transeúnte sólo y no actor. Es la víctima inevitable, el sacrificio que el Drama Social había de consumir sobre su tablado.

Rodeaba al Depósito Judicial una gran muchedumbre. El Depósito tiene una historia tan larga como horrible. Es el desecho de la gran ciudad, el aparato registrador de sus catástrofes. El suicidio y el crimen se dan cita en él a diario, una cita lóbrega que nunca termina. Por sus mesas de mármol han pasado tantos actores de tragedias bárbaras y grotescas que su espectáculo no produce apenas impresión porque en ellas lo horrendo se derrama mansa y resuelta—mente por el cauce de lo habitual.

El Depósito está rodeado de una gran muchedumbre. Obreros, estudiantes, mujeres... (Ese silencio de las muchedumbres es como el de los cementerios de rotundo y de lógico...) Luego, la muchedumbre se pone en marcha. Coronas de los estudiantes de Medicina, de la F. U. E., de los obreros del ramo a que el desaparecido pertenecía... Estudiantes y obreros en las coronas y en el acompañamiento.

La fuerza pública en todas las bocacalles del tránsito pone la nota fría, ese hielo que es el sentimiento efectivo de la autoridad. Sus cascos se elevan como vigías sobre todos y obreros, estudiantes, intelectuales de toda índole, avanzan como un solo monstruo de innumerables cabezas.

En el cementerio es todo emoción. Allí la tarde se despide de todos y nos quedamos en ese vacío lírico del claroscuro... Entonces, un obrero habla. Dice unas palabras precisas, justas, maleables... Y habla un estudiante; unas palabras precisas, desgarradas, intelectuales...

El pacto es allí, cuando la tarde se ha despedido. Un estudiante y un obrero a los obreros y a los estudiantes del cortejo, junto a la fosa del compañero muerto. Las voces de ambos vuelan juntas. Estudiantes y obreros se miran por fin como hermanos, conmovidos por una misma específica emoción. El pacto tiene lugar allí, en el cementerio, en ese momento no preparado—específico—de la sinceridad, que es la emoción legítima. Representa el momento en que el estudiante, nuestro estudiante burgués, tras darse cuenta de su misión como joven y como intelectual, tiende su mano de igual al proletariado en la calle. El momento en que el proletariado, bus-

cando la unión y selección de sus esfuerzos, los encuentra reflejados en la Universidad.

De esa unión de esas dos grandes fuerzas: la universitaria y la proletaria, encaminadas a un mismo fin por encima de sus obstáculos—prejuicios—respectivos de clase, ha de salir la reforma de España. Su República Socialista. Estudiante: Contactos con el mundo exterior, con la política de todos los países. Renovación sobre tradición gloriosa de libros y espadas. Incorporación al espíritu moderno, a la acción liberal. Obreros: la acción física. Junto al cerebro, las manos, el empuje. Los constructores del mundo nuevo, los soldados de las máquinas. Estudiantes y obreros: intelectuales y obreros: las fuerzas vivas—vivificadoras—de Occidente.

Si esa alianza fracasara, sería que fracasaba la juventud completa, nuestras generaciones. Y la juventud fuerte, libre, irrespetuosa, no fracasa nunca.

Seamos jóvenes siempre, siendo siempre irrespetuosos.

## NOTICIAS LITERARIAS

### España

—En banquete a Isidoro Acevedo, el autor de *Los Topos*, por el éxito de este libro de la vida minera asturiana, se congregaron alrededor del viejo luchador elementos obreros e intelectuales, que expresaron una vez más su simpatía al autor por la generosa obra que realiza Juan Andrade, en agudas palabras, ofreció el homenaje, y Lamóneda expresó la adhesión de los obreros madrileños a la conducta y a la labor de Acevedo. Este, en un gran discurso, renovó sus promesas de continuado esfuerzo por los ideales proletarios.

—García Sanchiz, que marcha a América en el «Zeppelin», fué despedido con un banquete de 500 comensales.

Ofreció el homenaje Pérez de Ayala y habló D. José Sánchez Guerra. García Sanchiz hizo una de sus hermosas charlas.

### Alemania

—La última película de Emil Janings —su primera sonora—, hecha sobre el argumento de una novela de Enrique Mann, está siendo el suceso de la temporada de primavera. Corre en uno de los grandes cines de Kurfuerstendam, y se titula *El ángel azul*.

—Un hecho reciente acaba de poner al descubierto el rumbo que lleva la política alemana. Hace un año se celebró en Varsovia una exposición de arte alemán, patrocinada por cuatro ministros polacos. En aquella ocasión se acordó celebrar en Berlín una exposición de arte polaco, patrocinada por el Ministerio Exterior del Reich, que había de inaugurarse el día 15 de abril de 1930. Polonia, en efecto, trajo sus obras, las colocó en la Escuela de Arte, dispuesta a celebrar la exposición; pero, cuando todo estaba ya preparado, el ministro del Exterior se negó a patrocinar la exposición de arte polaco, porque «con ello molestaría a algunos compañeros de gabinete». Los polacos empaquetaron de nuevo sus obras y se volvieron a Polonia.



# M U S I C A

## FRANCIS POULENC EN MADRID

por JESUS BAL Y GAY

Una de las pocas cosas notables de la presente temporada filarmónica, la visita de Francis Poulenc, hemos de agradecerla, no a alguna de nuestras sociedades de conciertos, sino a la Sociedad de Cursos y Conferencias. Ya el año pasado esta misma sociedad había dado muestras de un despierto interés por la buena música actual, invitando a Maurice Ravel, a Andrés Segovia y Darius Milhaud. La reciente sesión Poulenc demuestra que ese interés no ha decaído ni se ha desviado de la buena senda. Y es una justa lección para la filarmonía oficial madrileña.

\* \* \*

Las obras que hemos oído a Francis Poulenc—seundado eficazmente por los señores Castrillo, Cabrera y Quintana—, nacidas todas entre 1918 y 1928, demuestran claramente todo lo que fué el estilo «armisticio» y hasta dónde supo llegar hoy en manos de este músico. Yo no quisiera hablar más que del *Concierto campestre*. Porque él es suficiente para entregarnos, con fidelidad, el mensaje de la mejor música de la post-guerra. Mensaje extenso e intenso, pero también claro y sin tortuosidades.

En el *Concierto campestre*—que su autor ha querido poblado de otoñalidades—resuenan las más diversas voces. Allí están las alegrías vertiginosas del Armisticio, con sus «movimientos perpetuos». Alegrías de multitud, vuelta mecánica, automática por el júbilo. Pero allí están igualmente otras voces, que son misteriosas llamadas. Trompas de caza que catastran el mundo. Ecos perdidos en el hedonismo de la hora presente. Al lado de la vulgaridad de una marcha militar, la exquisita distinción—no cursilería—en la captación del paisaje otoñal. Resonancias de música de la calle y de música de Rameau, de Scarlatti y de Schumann. Sólida articulación rítmica y capacidad para las más finas tintas armónicas. (Lástima que por haber sido ejecutado a dos pianos no podamos hablar del colorido instrumental logrado entre la orquesta y el clavecín.)

Este *Concierto campestre* es una bien digna obra de centenario del Romanticismo, como lo son, a su vez, las dos *Novelletes*. Músicas en las que resuena la voz romántica, del único modo que puede resonar, en este nuestro 1930: pasión que tornasola el acerado plumaje de los pájaros mecánicos. Esto descubierta, ya no nos engañaremos sobre falsos retornos a los viejos estilos. En Poulenc no hay «retornos» porque, desde siempre, hay en él «resonancias». El retorno significa voluntad. La resonancia es independiente de nosotros. En biología juzgaríamos absurdo el ser que pretendiera retroceder hasta uno de sus ascendientes; pero, en cambio, todo ser normal está vetado de resonancias generalógicas. La música de Poulenc es un ser normal. Sus involuntarias vetas le

vienen de las más diversas músicas, vetas perfectamente involuntarias, aunque algunos crean lo contrario. (Si Poulenc retorna voluntariamente a Schumann, por ejemplo, es porque le hace falta. Ahora bien: la auténtica resonancia, el origen del movimiento es ese «hacer falta», absolutamente involuntario.)

El *Concierto campestre* no es sólo una música de hoy, sino que es una gran música para todos los tiempos. Perfectamente estructurada, lógica desde el primer compás hasta el último, sentida musicalmente, pródiga en recursos siempre artísticos, reúne todas las condiciones exigibles a una obra maestra. Pero quienes sentimos con poco ardor el ansia de perdurabilidad, preferimos admirar el *Concierto* en su magnífico y apasionante aspecto de obra de hoy: compendio de la trepidante vida que nos rodea, visión de la naturaleza tras cristales urbanos, fuerza y alegría de los instintos, expresiones aristadas, duras y luminosas, y por encima de todo esto, por debajo y por medio de ello, las trompas de caza que dan sus misteriosas llamadas por entre una naturaleza un poco fatigada y sin objeto.

## NOTAS RUSAS

### ¿DEBE PERVIVIR LA LITERATURA?

por MAXIMO GORKI

*El último artículo de Máximo Gorki, publicado en Ivestia, de Moscú, aborda uno de los más arduos problemas ideológicos de la Rusia de hoy. Reproducimos aquí la parte más concreta del mismo—que no resulta tampoco inactual en España—, en la cual el gran novelista hace referencia al movimiento de un sector de la juventud contra la literatura artística, combatiéndolo. — F. F. A.*

«La cultura se crea muy despacio y sólo a consecuencia de esfuerzos; basta para patentizarlo con apelar a la difícil historia de la cultura burguesa, no obstante que esta cultura creció sobre vigor ajeno. En cambio, la clase trabajadora crece rápidamente y debe crear de su propia carne maestros de la cultura.

Dos fuerzas ayudan al progreso de la cultura: arte y ciencia. Al lado de la ciencia de la Naturaleza es la literatura artística el más fuerte instrumento de influjo sobre la razón y la voluntad del hombre. Los fanáticos, empeñados por el convencimiento de que la realidad crea la conciencia, no quieren comprender que también, a su vez, la conciencia crea nueva realidad. En Rusia, no sólo no es apreciado el valor educativo de la literatura, sino que es despreciado. Especialmente se nota esto en las provincias. Por ejemplo: la Redacción del *Sowjetsibirien*, periódico de una gran comarca, ha organizado una campaña contra la literatura artística, y uno de sus redactores, llamado Pankruschin, decía que «la literatura artística es reaccionaria por naturaleza». Me permito considerar a este Pankruschin, no sólo como un ignorante, sino como un inconsciente malhechor de la cultura. Otro periódico había creado una «página de literatura»; pero el compañero Hindin declaró que el partido y el Gobierno soviético no daban el papel para que se imprimieran en él poemas y cuentos. La hoja literaria hubo de ser suprimida. Estos hombres, por lo visto, no saben nada, o lo han olvidado, de la relación que tuvo la literatura con la la-

bor de Lenin, Marx, Engels, Plejanow y muchos otros bolcheviques.

En una de nuestras revistas ha escrito el compañero I. Lomow un artículo titulado *El plan de los cinco años y los preconizadores de la cultura sin partido*. El joven crítico trata de demostrar, con citas, que la «Editorial del Estado», que imprime ahora las obras de los clásicos, realiza con ello una labor reprochable. Si el autor conociera las estadísticas de las bibliotecas públicas, comprobaría la gran relación de la masa trabajadora con los viejos escritores. Yo dudo de que el compañero Lomow pueda convencer a un trabajador de que es perjudicial para él la lectura de *Almas muertas* o *Los aldeanos*, de Balzac; *Los Mujeres*, de Tschhehoff, o *La aldea*, de Bunin, y cien obras de semejante autenticidad pertenecientes al pasado inmediato. Las exageradas e infundadas valoraciones subjetivas de los compañeros Lomow, Pankruschin e Hindin fomentan el caos de las palabras y anarquizan el movimiento cultural que pretenden crear de la masa trabajadora los nuevos maestros de la cultura. El compañero Lomow no nota que las obras clásicas no influyen en la ideología del lector, sino en su psicología, que, además, lo interesante de ellas es la perfección de su contenido, la maestría de la dicción, precisamente eso que todavía les falta a la mayor parte de nuestros jóvenes escritores, y les falta porque no poseen la técnica del trabajo literario. Tadejew, Scholochow y parecidos talentos son todavía raros.

La cuestión de la relación con la literatura clásica se reduce a la cuestión de la maestría. Todo trabajo busca su maestro. Para no temer al trabajo se debe aprender bien su técnica y dominar el «oficio». Solamente temen al trabajo aquellos que no lo entienden o lo entienden mal. Semejantes hombres, ante la complejidad de las cosas, buscan el camino de menor resistencia, buscan la superficialidad espontánea. A esta clase de «espontaneizadores» pertenecen los faltos de talento, los utilistas, las pequeñas criaturas que cercan los grandes puestos, los parásitos, los cuales tam-



# UN VIAJE A TOLEDO EN TORNO A LA GRAN PRIMADA

por JOAQUIN PEREZ MADRIGAL

Con permiso de Félix Urabayen, vamos a diseñar una estampa de su vieja ciudad predilecta. Hemos permanecido unos días en Toledo—patria adoptiva de «El Greco» y auténtica del maestro Guerrero—, y queremos historiar, por lo mismo que Toledo nos ha impresionado más por su vitalismo presente que por su bella ranciedad, las emociones del viaje. No vamos, pues, a profanar las piedras y los nocturnos toledanos, con tropos arqueológicos ni líricos.

\*\*\*

A Toledo la esquilmo la dictadura. Antes tenía la Academia de Infantería y la Fábrica de Armas. Hoy la Academia es un Museo, y la factoría espléndida se reduce a una forja de hojillas para máquinas de afeitar. Millares de alumnos y de obreros despedidos han amenguado el consumo y la producción de «Toledo la despojada» (¡no hay de que darlas, señor Urabayen!) en proporciones alarmantes. En Toledo no quedan a la sazón otros signos de dinamismo social que el burocrático al servicio del Estado y que el eclesiástico al servicio del mayor esplendor de la Primada, dicho sea sin ánimo de excitar al retruécano.

El comercio allí, instalado para más abundante concurrencia, comienza a exteriorizar el mal humor de unos balances ruinosos.

El Ayuntamiento, que no acomete obras por carencia de recursos, los improvisa gentilmente—¡oh, señorío heroico de los hidalgos pobres!—para ágapes, casi cotidianos, en honor de congresistas y otros visitantes ilustres.

¡Ciudad imperial!

Los comercios vacíos, el alcázar y la Fábrica desiertos, las arcas municipales exhaustas, edificios como el de Correos, que se demolicieron para reedificarlos, aguardan los bolquetes que se lleven los escombros... Y legiones de obreros sin trabajo, que van a pedirlo y no lo hallan...

\*\*\*

Empero, la vieja, la gloriosa, la insigne Toledo, es la ciudad señora de la España actual. Dentro de su recinto,

bién, en medio de la clase trabajadora, crecen.

¿Deben los exaltadores de la clase trabajadora, deben los jóvenes literatos formarse también en el arte de la palabra de los viejos escritores? Sin duda ninguna. Porque deben aprender los métodos de trabajo, los secretos de la maestría. Y aquel que se dedica a repartir consejos ha de darse cuenta de lo difícil que es conocerlo y entenderlo todo en una época que cambia con la rapidez que cambia la nuestra.»

las piedras crujen, conmovidos los sillares, y los muertos se levantan, afanosos de borrar de las losas que los sepultan, tanto epitafio cursi, tanta injusta leyenda.

Bajo la divina costra inmortal, tras los lienzos únicos, a la sombra de los claustros, en la penumbra misteriosa de los imponentes cobertizos, con furor que no sabemos por qué no altera la sonrisa inefable de Santa María la Blanca, los sectores de la vida toledana alientan vigorosos, y a un ritmo acelerado pueblan de estrépitos de hoy las oquedades que dejaron en Toledo todos los «ayeres», los de Wamba, los de Alfonso VI, los de Primo de Rivera...

Toledo piensa, creemos que con razón, que si a ella la despojó un régimen, puede reponerla otro, y se apresta a la lucha, que comienza a caldear las pasiones políticas de todo el país.

El cardenal Segura mitinea. Va por los pueblos, congrega a los rebaños y, como en Talavera, recientemente, no rehuye el encuentro con los lobos. Avezado a los escarpes hurdanos, este pastor recio reúne a sus ovejas y las habla de Dios. De paso alude a las discordias civiles a que puede dar lugar el descreimiento de los buenos españoles en el derecho divino. Así, el insigne purpurado enciende una vela a Dios y otra al conde de Romanones. Y torna a su palacio, frente al Ayuntamiento, a cuyas puertas balan quejumbrosas muchas ovejas sin pastor y sin pastar...

Corre parejas con la actividad del cardenal Segura la de seglares que acardinalaron a Toledo azotándola en el potro de la vieja política. Reanudan sus fac-

nas, reinstalan sus tinglados, reclaman de nuevo que la desnuden y la aten.

¿Qué hacen, entre tanto, los hombres nuevos de la nueva España?

¿Acaso a Toledo, que irradia a la sazón las denunciadas influencias tradicionales la juzgan sólo como museo?

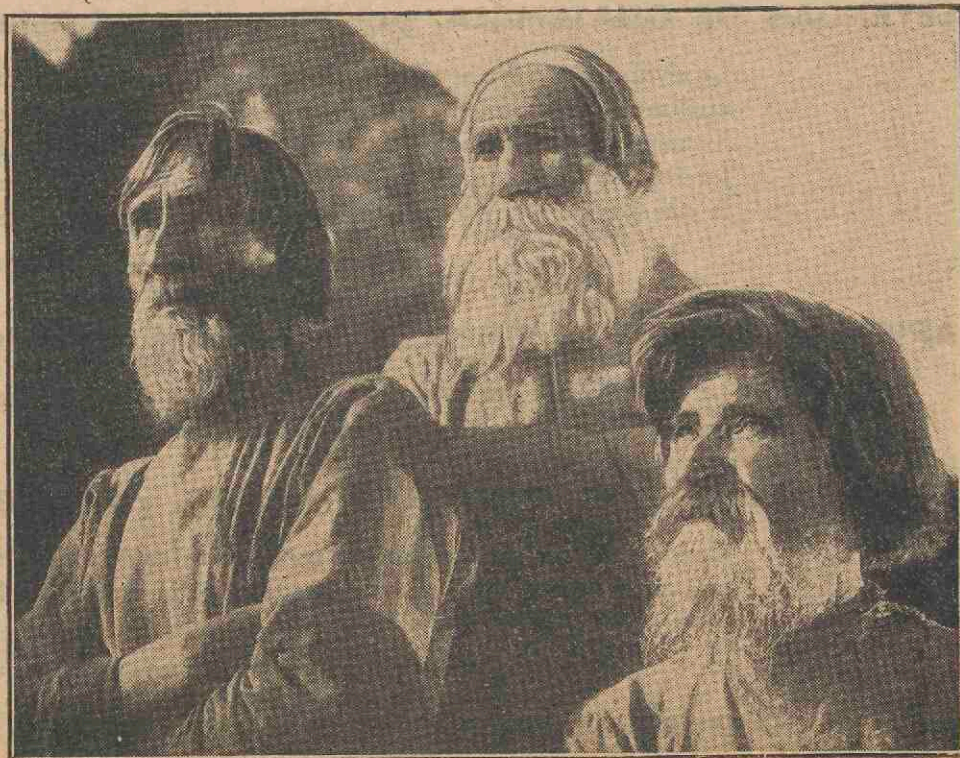
¿Es que por asentarse en ella el más alto poder de la Iglesia española, la juzgan fortaleza inexpugnable para las milicias que propugnan otros poderes más modernos y perentorios?

¡Ah! De cualquier manera, nosotros estimamos que la Toledo actual, la que sufre, la que comercia, la que trabaja, aspira a depositar su confianza, su angustia presente y su fe en lo futuro en hombres de esos que, como el cardenal Segura, reclaman un lugar en los prospectos de los principales teatros de España para hablar a los rebaños, si no de Dios ni del derecho divino, sí, por lo menos, de las aficciones del pueblo y de sus derechos inalienables...

\*\*\*

Hemos permanecido en la vetusta Toledo unos días. En lo social, en lo político, la hemos contemplado rediviva, remozada, nueva y pimpante, como ciudad fundada en el año 1876. Tiene obreros sin trabajo, un Municipio en quiebra, muchos candidatos a diputados a Cortes, y el Alcázar, su estómago de antes, vacío y desnudo al sol, atravesado por cuatro lanzas.

Habíamos regresado con pesadumbre de la imperial ciudad de no llevar impresa en la mente, como un resplandor, la imagen de Santa María la Blanca. El niño en brazos, la barbillea, y ella se sonríe. ¡Cómo sonríe Santa María la Blanca! Lleva sonriéndose desde el siglo XIV. Nos lo explicamos todo. Seiscientos años de permanencia en las cercanías de Zocodover es poco tiempo para marchitar, en todo rostro noble, una sonrisa de gracia fresca, limpia y burlesca.



De «La aldea del pecado»



## Los Libros

**MIGUEL ANGEL ASTURIAS.**—*Leyendas de Guatemala.* Ediciones Oriente. Madrid, 1930.

Un gran escritor americano se nos descubre en este libro: Miguel Angel Asturias. Hace periodismo político desde París para importantes periódicos de la América española y es entre los jóvenes cultivadores de la nueva literatura uno de los valores más destacados y sólidos.

Sus *Leyendas de Guatemala* son un prodigio de belleza y originalidad. Forman la interpretación moderna más acabada de la tradición de un país tan rico en «folklorismo» y vida legendaria. Porque Miguel Angel Asturias no ha hecho el libro usual del literato americano que viene a España con el indispensable equipaje lírico. Ha hecho una obra de creación pura, con fuerza poética y novelesca para categorizarle ante nuestros mejores prosistas. Historia y prehistoria sometidas al acento moderno de las vanguardias auténticas. Y además, *Leyendas de Guatemala* es un libro de erudición copiosa y sugestiva, porque el autor aporta una documentación de la antigua vida guatemalteca, que se reúne y depura por primera vez en una obra literaria.

D. F.

**CHARLIE CHAPLIN.**—*Mis andanzas por Europa.* Editorial Cenit. Madrid, 1930.

Un libro, el único, escrito por «Charlot». Al buscar las causas de este libro, no creemos puedan haber sido ni la nece-

sidad de comunicarse con el público, ni el ansia de ganancias metálicas, ni la busca de popularidad. ¿Por qué, pues? Seguramente habrá querido corresponder a los intelectuales que habían hecho su descubrimiento como genio, poeta, etcétera, del cinema: ha querido agradecerles y darles la razón.

Según ellos, era humano, y él, al querer hacerse humano, lo hizo de tan buena fe que llegó a ser cursi.

Nos ha desnudado su espíritu y nos ha sorprendido por su pobreza de preocupaciones, por sus ilusiones de pequeño burgués. No ha querido ir a la caza de ocultas bellezas; por el contrario, para su agrado, ha buscado lo ya conocido. ¡Qué alegría conocer a Mr. George o Wells! Pasea con cicerones calificados, sin dejar nada a la casualidad.

Aunque parezca que le molestan, se entusiasma refiriendo con agrado el número de reporteros que le visitan, llegando a sentir su ausencia en Alemania, donde no le conocen, cuando sólo por esta causa podía descansar a gusto. También le agrada la popularidad. ¡Qué delectación en los detalles del estreno de *El Chico* y de *Los tres mosqueteros*!

Esto es bueno; pero Chaplin no debía haber salido de la pantalla. Empezamos a dudar de su genio. No porque creamos que el genio no debe jugar a las charadas, sino porque debe tener más entereza, más dominio de sí mismo; en una palabra, más valentía.

El libro transpira sinceridad, aunque algunas veces parezca forzada y de recargados trazos. Más que interesante, es curioso.

Los detalles, ínfimos, que describe junto al cansancio de que Chaplin hace

alarde, fruto de no tener ni un momento libre al día, nos hace suponer que estas páginas fueron escritas después, en Los Angeles, y que, por lo tanto, supliría con su fantasía las sensaciones que gozó durante el viaje, de las que no conservase un recuerdo concreto. Por eso, más que su sinceridad en decir, nos admira su sinceridad en fingir.

Escribe con una prosa ágil, cinematográfica, facilitada por el cambio de decorados y personajes, que hace amena en extremo su lectura.

La edición española va acompañada de fotografías diversas del viaje y por un prólogo-biografía de Carlos F. Cuenca. Es completa, y suponemos que constituirá un hallazgo para los admiradores —ya muchos— de Charlie Chaplin.

J. DE LA F.

**Cuadernos de cultura.** Valencia, 1930.

Hace algún tiempo vienen publicándose en Valencia, en la siempre luminosa y liberal Valencia, esta colección de cuadernos, de pequeño y elegante formato, donde se exponen diversas materias de cultura. Son obras sintéticas, claras, cuya finalidad es ilustrar a las masas obreras e iniciarlas en los problemas que más la importan para su bienestar y liberación: los problemas sociales.

Esta labor generosa y pura la llevan a cabo escritores de sólida preparación, catedráticos y literatos, cuyo elevado «especialismo» no les impide acercarse con afán altruista al pueblo para encender en su cerebro la luz de las ideas, convenci-

# EDICIONES ORIENTE

## LEYENDAS DE GUATEMALA, por Miguel Angel Asturias

La civilización maya aparece en estas leyendas en toda su maravillosa plenitud. En Guatemala, aquella civilización, como dice Díaz Fernández en *El Sol*, se caracteriza por su maravilloso poder poético y humano, donde los árboles, las flores y las aves se corporizan frente a la imaginación opulenta del pueblo. Interesa este libro no sólo al erudito, sino a todo lector, pues en él encuentra aventuras y episodios de la más extraña y poética vitalidad, descritos primorosamente por Miguel Angel Asturias.

100 ilustraciones mayas, CINCO pesetas

## ARIEL O LA VIDA DE SHELLEY, por André Maurois

La biografía más perfecta escrita por el biógrafo más prestigioso del Mundo, y en torno a una de las vidas más intensas y tumultuosas del siglo pasado.

## LOS MISTERIOS DEL ESPIONAJE INGLES, por R. Boucard

Conocer el desarrollo de la gran guerra a través de toda la red de espionaje a que ella dió lugar, tiene un interés indiscutible, y para conseguirlo es indispensable la lectura de este libro.

Concesionarios de la venta en librerías:

SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERÍA. -- FERRAZ, 21. -- MADRID

EDICIONES ORIENTE -- GENERAL ARRANDO, 18. -- MADRID



dos de que, como dice uno de ellos —Francisco Pina, joven escritor de mente sagaz y pulquérrimo estilo, autor del último cuaderno publicado: *Escritores y pueblo*—, «el juego y capricho a secas no nos está a nosotros permitido todavía, acaso tampoco a los demás países. Porque el Mundo está demasiado removido y el ojo de la conciencia universal nos mira a todos. Hay una Humanidad doliente y víctima de la nueva esclavitud económica, una Humanidad que espera, para emanciparse, la ayuda generosa del arte literario, ofreciéndole, en cambio, una rica cantera de valores humanos. Es de justicia que los escritores no permanezcan sordos a esta llamada».

Palabras nobles, profundas. Palabras que jamás entenderán los estetas de la *pequeña literatura*, los primorosos del

encaje de bolillos. Conciencias tuertas, sensibilidades prostitutas... Porque no es que estén mal y hayan de proibirse los primores literarios—sintáxicos o imaginistas—, es que en los valores del espíritu rige un orden de magnitudes, una prelación de trascendencia que ninguna conciencia de verdadero artista puede desconocer. Y, en determinadas épocas de la historia de los pueblos, hasta el preciosismo ha de ir infiltrado de humanidad, y, si carece de este impulso, aunque sea en mínima porción o en alguna manera, la pieza preciosa o primorosa deja de ser el joyel que se pretenda para transformarse en baratija. (No en balde se integraron siempre las letras en el concepto fundamental de Humanidades. Desgraciadamente, existen actualmente en España algunos escritores que, dedicados a las estrictas labores propias de

su sexo—el bolillo y el floripondio en tisé de *crème*—, suponen lícito encogerse de hombros ante las luchas sociales. La política, para ellos, no tiene valor. No tiene valor más que como espectáculo o como subrepticio procedimiento de «enchufes».)

La simple relación de los *Cuadernos* ya aparecidos dará idea al lector del carácter e importancia de estas publicaciones: *Socialismo y La formación de la Economía política*, por Marín Civera; *Introducción a la Filosofía y Liberalismo*, por Fernando Valera; *Universo*, por el doctor Remartínez; *Sistemas de Gobierno*, por Mariano Gómez y González; *Higiene individual o privada*, por el doctor Puente; *Escritores y pueblo*, por Francisco Pina. En prensa se halla *Sindicalismo*, por Angel Pestaña.

E.

## GALDOS INEDITO

# MEMORIAS

por JUAN REJANO

Consiguieron estas *Memorias* (1) —cuando por vez primera vieron la luz, en *La Esfera*, hace ya algunos años—, no sólo reanimar la vida y andanzas juveniles de Galdós, sino tornarlas, en el aspecto literario, a su época primigenia de escritor, o mejor: de periodista, a su antigua manera de narrador volandero y garboso. Es decir, que cumplieron dos misiones retrospectivas: una, la que su autor se propuso, de resucitar su pasado film personal; otra, la que, acaso inintencionada y con una secreta paradoja, lo hizo, casi al final de su existencia, doblar su envergadura de novelador, de creador artístico, y desenterrar la pluma de ágil reportero.

No por ello la fina sal que había, a las veces, en la línea expresiva de Galdós se pierde en ellas. Asoma, por el contrario, en momentos: burbujea, cruje con todo su donoso chispear y se recata de nuevo para dejar paso a la multitud de planos que el autor había de hacer desfilar por estas páginas. Cunde en ellas, ante todo, el viaje. Galdós, válido de su posición económica, alternaba las tareas políticas y literarias con largos viajes al Extranjero. Y es curioso imaginar el perfil tímido y socarrón, castizo, de D. Benito, asomándose al paisaje extraño, desenvolviéndose en ambientes desconocidos, penetrando pueblos totalmente opuestos al suyo. Es indudable que al autor de *Electra*—pese a los retorcidos juicios que se han lanzado en derredor de su españolísima personalidad—le tentaban los aires de fuera, runruneábale en los oídos el espíritu de Europa, de la Europa que ya empezaba a perfilarse con matices innovadores, modernos. Sólo que una más fuerte raíz psicológica afianzábalo al suelo de su pueblo, de sus costumbres. (Y en esto de cómo se ha entendido Europa por

nuestros escritores podemos ya—permítasenos la digresión—discernir dos maneras, dos frentes: uno, el de los que han ido paulatinamente exprimiendo los nuevos frutos europeos y han querido aplicar sus esencias al recortado, original organismo de lo español; y otro, el de los que, habiendo asimilado esas mismas esencias, han querido sólo enfrentarla a las fuertes y acres de España, en un control de culturas y sensibilidades, en un afán de superarlas, precisamente con la contextura de nuestros más viejos y hondos valores tradicionales. Este es el caso del valeroso Unamuno—*españolizar Europa*—, que en este momento, en que se magnifica su *élan* civil, es nuestra figura más universal; pero también más española.) Galdós se adentraba, contraído, silencioso, en Europa; se maravillaba ante la naturaleza, la civilización o la historia; pero inmediatamente tiraban de él Madrid, el Madrid de sus tipos y de su novelística, sus libros, sus cuartillas. ¡Qué caliente fruición sentía en los retornos! Era como uno de esos campesinos que un día se asoman a la gran ciudad y, después de quedarse perplejos ante ella, vuelven a su aldea, sintiendo como un nuevo calor de emoción en las cosas gustadas. O como el niño que va cruzar por la calle un objeto de su capricho y, tras de haberlo deseado, nota que en el juguete que hay en sus manos está escondida toda su ilusión. Y esto que hay de ruralidad y de infantilidad en todo español es lo que nos hace precisar, captar, con mayor justeza, el casticismo—eso que hemos dado en llamar «casticismo»—de D. Benito, o mejor: el tipicismo tan nuestro de toda su obra creativa. Estas mismas páginas nos lo dan también, cuando se detienen, a trechos, en la impresión de ciudades o monumentos españoles. Cobra entonces la prosa galdosiana un ritmo más lento. Y corren en su través matices, observa-

ciones, buldas líneas de lámina o escorzo que rezuman, un breve instante, suavidad, poesía. ¡Hondo contraste el de Galdós, intruso en la recoleta calma de conventos, iglesucas, o catedrales! Fluye entonces de su pluma una mezcla de ironía y de dulzura, como al choque de su laica mentalidad con aquellos rincones de la vida religiosa. En realidad, ¿fue un laico Galdós? Es innegable que lo fué; pero su laicismo, si consecuente, tuvo una elasticidad comprensiva, humana, que lo hizo capaz de convivir amistosamente con hombres que se hallaban de él a gran distancia ideológica.

Las páginas en que el gran escritor refiere cómo imaginó y compuso algunos de sus libros y aquellas en que relata las incidencias, éxitos y desventuras de su vida teatral tienen un gran encanto anecdótico y un dulce sabor antañón. El libro contrasta inconscientemente un dramático comienzo y un melancólico final: el paso de los sargentos de Artillería, que se sublevaron el año 66, llevados por la calle de Alcalá para ser fusilados en las tapias de la antigua plaza de toros, y una visita a la destronada reina Isabel en su destierro parisino cuando, rodeada de viejas cantantes que la habían deleitado en el «Real», y apoyada su senectud en una muleta, parecía querer otear aquella España que la había abandonado.

\* \* \*

Si Alberto Ghirardo, el brioso escritor argentino, no hubiera destacado ya entre nosotros con una vigorosa personalidad, sería más que suficiente esta cuidada, esta atenta búsqueda en la obra inédita o fragmentada de nuestros más altos creadores literarios, para merecer la estimación eterna de las letras hispanas. En esta obra, como en otras anteriores, ha precedido sus trabajos ordenadores de un prólogo, en que pone de relieve, con extremado tacto y siguiendo el orden cronológico, los episodios de la vida del glorioso novelista. A través de estas notas se advierte también la agudeza del crítico que ha sabido ahondar en la viva entraña de una personalidad hasta conseguir hermanar sus más recónditos, vibrátiles filamentos.

(1) *Obras inéditas*, ordenadas y prologadas por Alberto Ghirardo. Vol. X, Renacimiento.



# La quincena internacional

## EDITORIAL

### Dos Congresos ferroviarios

La Asociación Internacional de Ferrocarriles, organización que reúne las empresas ferroviarias del Mundo entero y en la cual participan también representaciones de los diversos gobiernos, ha celebrado, en Madrid, estos días, su XI Congreso. Es una Asamblea muy importante, que ha congregado a cerca de mil delegados y en la cual se han discutido temas capitales para la orientación actual y futura de la política ferroviaria en el Mundo. El Congreso ha celebrado sus sesiones en lo que fué, y según parece volverá a ser, Palacio del Senado, lo mismo que el Consejo de la Sociedad de Naciones hace un año, y rodeado como esta reunión de toda clase de comodidades y agasajos. Tuvo la ventaja, sobre la del Consejo de la Liga, de no

haber sido convocado en la capital de España para realzar el prestigio de una dictadura; falta que entonces se reprochó, con razón, al organismo de Ginebra.

Pero unos días antes se había reunido en la Casa del Pueblo de Madrid otro Congreso Ferroviario: el de los obreros, organizado por la Federación Internacional del Transporte. Más modesto en sus proporciones, no menos importante en su labor, en su alcance y en su significación. Los mismos temas ocuparon la atención de obreros y patronos: seguridad en los ferrocarriles, competencia entre el transporte por vía férrea y el transporte automóvil por carretera, métodos para la preparación técnica y profesional del personal ferroviario. En el Congreso obrero se discutieron, además, tres temas muy importantes para los trabajadores del rail: la cooperación de los empleados para lograr un mejor rendimiento y su participación en los beneficios; la racionalización de la industria ferroviaria, y el control obrero en la esfera internacional.

A nadie que no carezca de toda obje-

tividad para el examen de tales cuestiones se le ocurrirá negar que los obreros y empleados ferroviarios han de aportar, aun desde su punto de vista peculiar, opiniones, experiencias y sugerencias valiosísimas para su mejor solución. Por mucho que estudien y planeen los ingenieros, por muchos datos que reúnan y clasifiquen, ni el laboratorio podrá sustituir la locomotora o el puesto de agujas ni la estadística más abundante y mejor recopilada podrá prescindir nunca de la experiencia práctica. Unos y otros se completan y sólo su estrecha cooperación es capaz de asegurar la máxima eficiencia. Quien haya oído, por ejemplo, a los delegados obreros censurar la señalización defectuosa o carente de uniformidad y en general los defectos de organización técnica en los ferrocarriles, aun de los países mejor equipados, habrá medido el enorme avance dado por los trabajadores en su capacitación profesional y reconocido su derecho a una participación, cada vez mayor, en la administración de los transportes públicos. Lo que decimos aquí de los fe-

**El único libro escrito  
por el genial "Charlot"**

**Mis andanzas por Europa**

**5 pesetas**

Pedidos contra reembolso

a EDITORIAL GENIT, S. A. MADRID

Apartado 1.229

Exclusiva de librería:

C. I. A. P. LIBRERIA FE

Puerta del Sol, 15



rroviarios se aplica, desde luego, a muchas industrias.

Siendo así, era lógico pensar que el Congreso patronal ofreciera un puesto adecuado a la representación obrera y admitiese la necesidad de una cooperación para el bien de un servicio que tan directamente interesa a toda la colectividad. Cuando menos, que mostrase interés en conocer el punto de vista obrero en las cuestiones que iba a discutir. No ha sido así, sin embargo. Escudándose en motivos de procedimiento casi burocrático, no sólo el Congreso patronal excluyó de sus deliberaciones la voz obrera, sino que se negó a reconocer su valor y casi a oírla. Extraoficialmente fué recibida una comisión portadora de las resoluciones votadas en el Congreso obrero, por cerca de 50 delegados en representación de más de un millón de trabajadores. Esa es toda la beligerancia que las poderosas Compañías han querido reconocer a sus colaboradores más inteligentes. Un siglo casi de monopolio en los trasportes públicos y de trato privilegiado por los Estados, parece haber creado en los magnates del rail un espíritu feudal en su trato, no ya de sus obreros, sino con lamentable frecuencia del mismo público que utiliza sus servicios, remunerándolos espléndidamente.

Razón de más para hacer resaltar el contraste entre esa altanería olímpica y la posición de defensa social, adoptada por los trabajadores en su Congreso de Madrid. Una preocupación domina los debates de la Asamblea patronal: la de asegurar a los capitales invertidos la mayor cantidad posible de beneficios. Podemos atestiguar, en cambio, que en todo momento evidenciaron los delegados obreros el deseo de colocar el interés general, el bien de la colectividad, la seguridad pública, en el primer plano de sus discusiones y por encima de sus propios intereses corporativos.

Esto no es, por nuestra parte, obcecación partidista y menos perjuicio de clase. Es un hecho que habrán podido observar cuantos han seguido con un poco de atención los dos Congresos ferroviarios que acaban de celebrarse en Madrid. La conclusión no puede ser tampoco dudosa. Se impondrá, en día no lejano, la socialización de una industria, tan esencial al común bienestar como esta de los trasportes públicos, y para ese día constituirá un apoyo de incalculable valor el esfuerzo hecho por los trabajadores para elevar su capacidad técnica y su dominio de los problemas, cada día más complejos, que entraña la buena organización de tan importante ramo de la actividad social.

## INFORMACION

### En la India

Fácil era prever que a la resistencia pasiva, predicada por Gandhi, sucederían muy pronto formas violentas de rebelión. No ya porque a una muchedumbre, en su inmensa mayoría ignorante,

movida por pasiones primitivas, no es fácil pedirle un método de acción que exige el máximo refrenamiento y autodisciplina, sino porque, además, lo que le parece natural al bengalí—hombre de las fértiles llanuras, amante de la retórica y de las justas oratorias—ha de ser absurdo para el rudo montañés del Noroeste. A pocos años de distancia se repite allí la historia. Los sangrientos sucesos de Peshawar, de Madrás, de Cholapur, muestran claramente que el movimiento ha desbordado los cauces trazados por el apóstol de la no-violencia. Y la detención de Gandhi, sabiamente diferida por Lord Irwin, pero impuesta, al fin, por el elemento simplista, predominante en la opinión inglesa, no ha hecho más que agravar la situación provocando nuevos desórdenes, como natural reacción de protesta.

Detenido el Mahatma—medida torpe si las hubo—, detenido también el sucesor que él mismo designó, Abta Tyabji, en el momento en que trazo estas líneas asume la jefatura teórica del movimiento la poetisa Sarojni Naidu, que también goza de inmenso prestigio popular entre las masas meridionales. ¿Podrá contenerlo en los lindes de la resistencia pasiva? Los métodos que en este sentido preconiza Patel—quien abandonó su puesto en la Asamblea para sumirse activamente a la agitación—serían, sin duda alguna, más eficaces que todos los motines, incendios y violencias a que pueda entregarse la multitud sin freno: el boicot absoluto de productos, comerciantes e industriales ingleses, y más aun la huelga de contribuyentes, son armas de un alcance incalculablemente superior a aquéllas, y no permiten una represión tan rápida y completa. Pero, ¿será escuchado Patel?

El otro peligro para el movimiento swarajista, que ya señalamos aquí reiteradamente, proviene del odio permanente entre hindúes y musulmanes. En los desórdenes de Cholapur, unos policías musulmanes fueron atados y rociados de petróleo por un populacho enloquecido, que los quemó vivos. Tales atrocidades provocaron, al día siguiente, las naturales represalias contra el elemento hindú. No parece que la celebración de la fiesta mahomefana del Bakr-Id haya dado lugar a tan graves disturbios como se temía, pero sigue latente la amenaza.

Mientras tanto, el Gobierno inglés anuncia la próxima publicación de la Memoria minuciosamente redactada por la Comisión Simon. Es difícil creer en la eficacia de las medidas de gradual autonomía que, sin duda, preconizará en las dramáticas circunstancias actuales. La única solución—y no es perfecta desde ningún punto de vista—acaso fuera la que ha indicado el corresponsal del diario laborista en la India: la concesión rápida del pleno estatuto de Dominio. La resistencia de los extremistas cedería probablemente ante un asentimiento general, con el cual el colega cree que podría contarse, incluso por parte del propio Gandhi.

## Las negociaciones anglo-egipcias

Los problemas imperiales británicos han acaparado la atención durante la pasada quincena. La cuestión del Condominio en el Sudán ha sido el arrecife en el cual han naufragado las negociaciones iniciadas nuevamente entre los Gobiernos de la Gran Bretaña y de Egipto para la firma de un Tratado. Dada la buena disposición evidente del Gobierno laborista, el optimismo era general al iniciarse las conversaciones en Londres. Pero pronto se vió que los delegados egipcios pedían bastante más de lo ofrecido en el proyecto anterior a su predecesor y adversario Mahmud Bajá. Quizá creyesen, a pesar del fracaso rotundo de Zaglul con MacDonald, en la primera etapa de Gobierno laborista, que Arturo Henderson habría de ser más dúctil. Aspiraban a restablecer la total soberanía de Egipto sobre el Sudán, trágicamente perdida con la rebelión del Mahdi a fines del siglo pasado.

Sin embargo, una minoría del partido Wafd se hallaba dispuesta a aceptar el tratado Mahmud-Henderson, que consideraba generoso, por lo que afecta a Egipto propiamente. Comprendía que no era fácil a Inglaterra, en las actuales circunstancias, renunciar de un plumazo al algodón sudanés. Una vez más encontramos unidos estrechamente el patriotismo y los negocios. Y a este propósito creemos oportuno llamar la atención de los comentaristas liberales que en España han tratado esta cuestión sobre un importante aspecto del problema del Sudán. Es indudable que la preocupación económica dominaba a los negociadores británicos. Pero, ¿acaso no la hallamos también en los ricos propietarios egipcios que sostienen el movimiento nacionalista? ¿Ganarían los «fellahs», el proletariado de la gleba egipcia y sudanesa, con la retirada total de los ingleses? Hay serios motivos y precedentes para dudarlo. Inglaterra debió aceptar la proposición de colocar la administración mancomunada del Sudán bajo el arbitraje de la Sociedad de Naciones, tras la eventual entrada de Egipto en la Liga. No tiene sino motivos de orgullo para este aspecto social de su acción en el Sudán, en cuanto afecta a los intereses de los indígenas más pobres. Egipto no se halla, ciertamente, en la misma situación.

En resumen, lamentando que no se haya logrado un acuerdo sobre los puntos de más urgente aplicación, cabe valernos de este ejemplo para recordar que, tras las aspiraciones nacionalistas, se ocultan a menudo preocupaciones de índole social que no es lícito olvidar. Los parias o «intocables» de la India no consideran, sin duda, superior el yugo tiránico de los brahmanes a la dominación inglesa. Tampoco los «fellahs» egipcios han de preferir el trato de ciertos compatriotas al que reciben de los europeos. Los movimientos de independencia política han de merecer nuestra simpatía en cuanto signifiquen a la vez liberación social, y no conviene ignorar los peligros que en este sentido ocultan con harta frecuencia.

SUSCRÍBASE A

“NUEVA ESPAÑA”

O. P.



**ESTE NUMERO HA SIDO REVISADO POR LA CENSURA**

# LA TIRANIA VIGILANTE

por C. FERGA

El país ha vivido unos días de ansiedad. De ansiedad clandestina, si se acepta la expresión, mayor en fuerza emocional que la ansiedad manifestada a plena luz.

El Gobierno Berenguer ha estado en peligro. Se le ha supuesto amenazado y los sectores de sensibilidad más viva y despierta se han agitado frente a la amenaza. Los políticos de oficio han vibrado con esa vibración característica suya, desgraciadamente ya de sobra conocida por el país, que subordina a sus miserias los altos destinos de la nación.

Pero no nos interesan ahora los afanes históricos y amorales de los políticos de profesión que reclaman un enérgico barrido.

## Lea usted NUEVA ESPAÑA

A raíz del discurso del Sr. Sánchez Guerra, y como consecuencia de lo dicho por el ex jefe del partido conservador, el Gobierno Berenguer se creó un enemigo poderoso—a causa de su debilidad, se dijo—en quien había sido hasta la víspera su amigo cordial por razones naturales de iniciativa y de intimidad. Este enemigo, encubierto, solapado, enturbió hoy la trayectoria del Gabinete Berenguer hacia la normalidad, en manifiesta contradicción con su propio impulso primario de cesión.

El actual Gobierno no por eso abandona la ruta que se trazó en sus primeros pasos: insiste en ir a la normalidad; pero bien se ve que, situado entre las

## Lea usted NUEVA ESPAÑA

izquierdas antidinásticas y republicanas, de un lado, que demandan con urgencia la convocatoria del Parlamento, y las derechas, de otro, que culminan en el absolutismo arbitrario, defensivo de altos intereses amenazados, el Gobierno se ve contenido de una y de otra parte, y aunque siga diciendo—de acuerdo con los compromisos contraídos con el país—que para nada desiste de su empeño en pos de la normalidad, no puede lógicamente enlazarse a ninguna de las dos fuerzas encontradas que le presionan.

## Lea usted NUEVA ESPAÑA

Frente a una y a otra, el Gobierno Berenguer no puede prácticamente evadir-

se del punto muerto en que se halla. Si se inclina a la derecha, le amenazan de la izquierda; si a la izquierda, peligra su vida por la derecha. En el término medio, de equilibrio, de difícil mantenimiento, está indudablemente su razón de ser. Pero tal posición le niega el dinamismo indispensable para lograr los fines que se le ha impuesto. El equilibrio a sostener deviene fatalmente estatismo, y, sobre todo, hibridez, que, en política, es negación de trayectoria propia y de finalidad positiva y vital. Verdaderamente, más que para restablecer las libertades públicas, parece, bien que contra su voluntad, que la misión gubernamental de hoy consiste en ser tapón de dos fuerzas que, históricamente, han de saltar la una contra la otra hasta destruirse.

Ahora bien. Las izquierdas—entendiendo por izquierda todo sector liberal por muy conservador o por muy avanzado que sea—miran con simpatía al

## Lea usted NUEVA ESPAÑA

Gabinete actual y con tal simpatía, sencilla y sincera, esperan que desarrolle su programa y devuelva la vida jurídica a la nación. Es decir, las izquierdas no sienten todavía la necesidad de hacer saltar el tapón. Y decimos todavía

porque, ante la parsimonia del Gobierno camino de la plena libertad legal, ya empieza la impaciencia a causar descontento y decepción. Pero es lo cierto que la necesidad de la enemistad no existe aún. Del bando izquierdista, pues, el Gobierno Berenguer tiene poco o nada que temer. La promesa de llevar al país a la normalidad sostiene la neutralidad o contiene en último término la amenaza, restándole fuerza e intensidad.

Pero no le sucede lo mismo con respecto a las derechas. Las derechas—entendiendo por derecha todo sector autocrático que no quiere más libertad que la suya propia a costa de la de los demás—, desde la sombra, tenebrosamente, conspiran para arrollarlo y para imponerse a las izquierdas. Para esa derecha española la situación es verdaderamente un problema de vida o muerte como tal derecha político-social. Su reacción por ello es desenfundada, con atisbos incoherentes de vida amenazada, arbitraria y brutal.

En este pleito histórico el triunfo es indiscutiblemente de las izquierdas, por ley natural, que impone el instinto social. Pero...

## Lea usted NUEVA ESPAÑA

ARGIS. - Altamirano, 18. - Tel. 40505. - MADRID



Vista parcial de la manifestación obrera celebrada el Primero de Mayo en Lustgarten (Berlín)